

BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

- Año 132
- Enero-Febrero 1981
- Número 1-2



editorial

«Dives in misericordia»

La segunda encíclica de Juan Pablo II, sobre la que se ofrece su texto íntegro en la sección documental, ha producido una cierta sorpresa en bastantes ambientes. La *Dives in misericordia* constituye una «vibrante llamada de la Iglesia a la misericordia, de la que el hombre y el mundo contemporáneo tienen tanta necesidad» (n.º 2).

Algunos se preguntan el por qué de lo que califican como una «elevada meditación teológico-espiritual». Tampoco faltan quienes, con su silencio, dan a entender que sí han comprendido la encíclica, y por eso mismo procuran ignorar un texto que contiene, probablemente, la «carga de profundidad» más enérgica emitida en mucho tiempo por el Magisterio eclesiástico frente a una serie de planteamientos teológicos, exegéticos y sociológicos que venían invadiendo la mentalidad contemporánea, incluso en ambientes católicos: se trata de los planteamientos *dialécticos*, como clave, para el pensamiento y práctica, en todas las esferas, espirituales y profanas.

Esa mentalidad dialéctica, uno de cuyos principales exponentes es el marxismo tan bien conocido por el Santo Padre, pretende explicar la historia entera de la humanidad a modo de una tensión entre dos polos encontrados, como contienda creadora a través del enfrentamiento. Semejante dialéctica sería el motor para cualquier avance humano: las oposiciones teocentrismo-antropocentrismo, fe-ciencia, individuo-sociedad, opresores-oprimidos, integrismo-progresismo, etc. constituirían el secreto para

el salto de la chispa que haría caminar a la humanidad. A una humanidad justiciera, entiéndase, que sólo se enriquecería mediante la exasperación de unas reivindicaciones contrapuestas, sin que puente alguno acercara los extremos forzosamente irreductibles. Como es lógico, una concepción dialéctica del hombre, de la vida, de la religión, de la convivencia, etc. se opone «al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia» (n.º 2).

Frente a dicha mentalidad, la Iglesia recuerda —lo recuerda, pues su enseñanza es la de siempre— que la clave no está en la dialéctica, sino en la misericordia, núcleo, esencia y contenido fundamental del mensaje cristiano. Este mensaje se centra sobre la manifestación del amor de Dios que, en Cristo Redentor, tiende un puente allí donde la justicia resultaría insuficiente para salvar las distancias del pecado, de la muerte, de la disgregación entre los hombres. El secreto de la historia, de la verdadera humanización, no está en la lucha sino en el perdón, en la misericordia, que llega al encuentro del «otro» cuando éste no podría alcanzar su dignidad si sólo esgrimiese títulos de rigurosa justicia.

A modo de ejemplo cabe señalar algunos puntos concretos en los que la *Dives in misericordia* desarrolla esa superación de las concepciones dialécticas:

- Ante todo, por lo que se refiere a las relaciones entre Dios y el hombre. De ninguna manera puede éste encararse, como de poder a poder, con su Creador y Padre. Citando a San Pablo, el Papa recuerda cómo «Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio la vida por Cristo» (Ef. 2, 4 s). Es Dios quien toma la iniciativa de llegarse hasta nosotros y darnos la vida: es su misericordia la que nos diviniza y humaniza, también cuando nos convertimos a El. Si es el amor de Dios el que nos dignifica, no cabe hablar de humillación; y se desvanecen las corrientes de pensamiento «propensas a dirigir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo» (n.º 1).

- La encíclica disipa también aquellas interpretaciones de la revelación que enfrentarían un Antiguo Testamento presidido por el Dios de la justicia —y con una dimensión religiosa prevalentemente social y ritualista, o «del Pueblo»— y un Nuevo Testamento, más bien personal y espiritual en que se instauraría la ley del amor. El Papa enseña, sí, que la Nueva Alianza es la plenitud, en Cristo, de la revelación del Amor: pero con todo detenimiento muestra que «el concepto de misericordia tiene en el Antiguo Testamento una larga y rica historia», y que los hombres de la Antigua Alianza «habían sacado de su historia plurisecular una experiencia peculiar de la misericordia de Dios. Esta experiencia era social y comunitaria, como también individual e interior» (n.º 4), sin que de ningún modo se justifiquen aquellas exégesis dialécticas.

• Otro tanto cabe decir, en consecuencia, por lo que se refiere a las relaciones hombre-hombre, tanto individuales como colectivas. La justicia sin misericordia, sin perdón, termina por abocar «en un sistema de opresión de los más débiles por los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros» (n.º 14); «la justicia por sí sola no es suficiente y (...), más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite a esa forma más profunda que es el amor plasmar la vida humana» (n.º 12); «es obvio que, en nombre de una presunta justicia (histórica o de clase, por ejemplo), tal vez se aniquila al prójimo, se le mata, se le priva de la libertad, se le despoja de los elementales derechos humanos» (n.º 12); «un mundo del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de fría e irrespetuosa justicia, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás (...). Si desatendiéramos esta lección, ¿qué quedaría de cualquier programa *humanístico* de la vida y de la educación?» (n.º 14). Sin misericordia, no es posible la justicia. Y las llamadas «teologías» de la liberación, de la violencia, de la revolución, etc., quedan, con esta encíclica al descubierto de su pretendido cristianismo.

El texto de Juan Pablo II de ningún modo se reduce, pues, a una especie de abstracto discurso espiritual. ¡Ojalá que los hombres de nuestro tiempo sepamos comprender la *Dives in misericordia*, y convertirla en nervio para nuestras vidas! Y que el amor compasivo de Dios escuche a un Papa que se siente obligado «a recurrir a tal misericordia y a implorarla en esta difícil, crítica fase de la historia de la Iglesia y el mundo» (n.º 15).

(De «Palabra»)



prelado

Carta Pastoral

Las misiones, tarea de todos

La Esperanza se llama DOMUND es el slogan del Día de las Misiones de este año que celebraremos el próximo domingo, 19. Realza el hecho, lleno de significación, de que hombres y mujeres de todos los países del mundo lo hayan dejado todo para marcharse a pueblos, generalmente subdesarrollados, donde anunciar el mensaje y la obra de Jesucristo. El que estos misioneros hayan descubierto vitalmente que no pueden seguirle sin entregarse a los hermanos hasta el olvido de sí mismos, es lo que da sentido a esta esperanza.

Pero las misiones son también motivo de esperanza porque ejemplarizan los ideales de nuestra época: la redención de los pobres mediante la promoción humana y la actividad misionera al unísono; la defensa de los derechos fundamentales en la acción y el testimonio, a veces heroico, de los misioneros; el respeto de las culturas indígenas, evitando el peligro colonialista; la vivencia de una espiritualidad evangélica en la total abnegación y donación a los demás, estando dispuestos a recibir de ellos sus enseñanzas de todo tipo.

Destaca este ejemplo de evangelización cuando se descubre la situación de desesperanza que padece el mundo debida a factores diversos que han sembrado un poco por todas partes, el desencanto, el desconcierto. La propaganda del DOMUND recoge diversos textos del Papa que por ser muy extensos me siento obligado a resumir: la incredulidad creciente, al menos en el terreno práctico, el consumismo desorientador, la amenaza de una guerra mundial devastadora y terrible, la violación permanente de los derechos humanos básicos, la escandalosa desigualdad existente entre unas naciones y otras con sus tremendas consecuencias...

La Iglesia, al menos en parte, se ha contagiado de este mal, al que ha venido a añadir sus propios problemas interiores. Es verdad que la crisis de los años sesenta, que puso en situación grave a muchas diócesis, ha pasado ya, en sus aspectos más alarmantes, pero dejando un rastro de falta de entusiasmo, una actitud escéptica en bastantes sacerdotes y religiosos, que hace no demasiado tiempo se sentían impulsados al aposto-

lado, con el consiguiente compromiso de fe y de vida cristiana. No son fáciles de señalar los factores que hayan podido producir esta situación, pero es evidente que han sido varios, condicionados entre sí. Personalmente creo que el clero se ha encontrado desprovisto de pronto de una formación intelectual seria y honda por haber perdido, en buena parte, la que habían adquirido antes, que por diferentes razones era de escaso valor para fundamentar su propia vida sacerdotal. Por otra parte, su espiritualidad de tono y base más bien religioso, con escasos fundamentos y perspectivas pastorales, se ha manifestado inadaptada a veces a las nuevas situaciones y exigencias de un mundo en cambio, y por eso mismo, en crisis. Finalmente, parece evidente que la influencia degradante del materialismo ambiente llega al clero joven y de media edad. Y por supuesto una de las consecuencias más directas de esta situación, es la disminución del espíritu misionero voluntario. Treinta sacerdotes de Salamanca trabajaban pastoralmente en América hace quince años, ahora son sólo seis y pienso que lo mismo ocurre con lo estrictamente misional, porque las misiones son como una balanza que mide exactamente el clima espiritual de cada diócesis.

El movimiento renovador que sea capaz de cambiar esta situación podría concretarse en la gradual creación de iglesias misioneras, dando a esta palabra también un sentido más amplio. Se trataría de alcanzar con la ayuda del Espíritu y su esposa la Virgen, una concepción del seguimiento de Cristo en la propia vida, en la pastoral y en el apostolado que nos obligara a ejercitar el espíritu de donación a los demás llegando a la desaparición espiritual de cada uno, teniendo como centro el Corazón de Cristo, y como encuadre la pastoral de conjunto. La preocupación de los alejados y los incrédulos, la tarea conjunta de los sacerdotes y religiosos-religiosas, las acciones y responsabilidades de los arciprestazgos y las zonas compartidas por todos, la creación de un laicado poderoso, la catequesis en todas las edades; el compromiso real con las misiones, etc., completaría este proyecto que constituye en gran parte un sueño, pero que empieza a ser realidad en grupos concretos de sacerdotes y religiosos.

✠ MAURO, *Obispo de Salamanca*

La paz y la libertad

1.—El tema de la paz, sobre todo el de la paz internacional, es motivo hoy de preocupación popular. Si algo inquieta de cuando en cuando a las gentes, si de algo se habla en los periódicos y revistas, es del peligro de que aquélla entre en crisis por la desaparición momentánea del equilibrio mundial, al que amenazan constantemente las guerras locales

y los conflictos interiores de determinados países que están en la mente de todos. Pues bien, convencidos los Papas de la necesidad de crear en el mundo una mentalidad nueva sobre este gran problema, vienen dedicando, desde hace algún tiempo, el día primero de cada año, a la celebración de la llamada Jornada de la Paz.

2.—Para dar sentido a la misma, dirigida a los responsables de las naciones, a los ciudadanos en general, a los jóvenes, y a los que por su misión concreta en la sociedad realizan funciones directamente relacionadas con la paz, publican en esa ocasión un mensaje que cambia cada año su idea orientadora. Y así unas veces es la justicia, y otras la verdad o la libertad las que constituyen el nervio del documento pontificio sobre tan importante cuestión. La de este año, 1981, es: PARA SERVIR A LA PAZ RESPETA LA LIBERTAD.

3.—Juan Pablo II al desarrollar esta consigna en su documento, nos presenta lo que podríamos llamar el código de la verdadera libertad, es decir, el programa práctico para conseguirla en todas y cada una de las naciones, en el campo social, y en el aspecto más importante de la persona, su espíritu. Se trata de un análisis completo de todas las exigencias necesarias desde esta perspectiva para construir el edificio de la paz, de tal forma que si falta una de ellas aparecen en el mismo grietas peligrosas. En el futuro habrá que recurrir a este lúcido examen cuando se quiera estudiar en toda su amplitud y profundidad esta dimensión tan característica de nuestro tiempo, la libertad.

4.—Todas las naciones deberían hacer un frecuente examen de conciencia teniendo este código a la vista. No hay libertad, dice el Sumo Pontífice, cuando no se garantiza la libre participación en las decisiones colectivas; cuando no existe el disfrute de las libertades individuales; cuando todos los poderes están concentrados en una sola clase social; cuando la seguridad interna es erigida en norma única y suprema de las relaciones entre autoridad y ciudadanos; cuando el ideal está orientado al crecimiento material indefinido; cuando los medios de comunicación social abusan de su poder sin preocuparse de la objetividad; cuando existe una represión sistemática o selectiva, acompañada de asesinatos y torturas, de desapariciones y exilios, de la cual son víctimas tantas personas, incluidos obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas.

5.—Para que el compromiso con la libertad sea completo es necesario que cada uno de los miembros de la sociedad se examine también a fondo para conocer aquellos aspectos de su propio espíritu que amenazan la suya propia y la de los demás. En una primera mirada interior se descubre al momento que la libertad de la persona está estrechamente ligada a su madurez, que exige un largo proceso de reconstrucción interior en el que el prójimo como tal ocupa un lugar destacado. La empresa del amor

auténtico en todas sus formas y expresiones es lo que orienta definitivamente la existencia humana y lo que logra la síntesis de la persona. Ello la capacita para eliminar de sí los deseos agresivos y la hipercrítica y para conseguir que la necesaria dependencia de los demás sea un factor de crecimiento y no un medio de garantizar la propia seguridad.

6.—Pero Juan Pablo II añade algo más para que la libertad humana sea completa. Su relación con Dios, ya que para el cristiano la libertad no procede toda de sí mismo, sino que se expresa en la obediencia a la voluntad de Dios y en la fidelidad a su amor. La identificación con Cristo, tarea peculiar del cristiano, hace libres a los hombres, porque lleva consigo la liberación de la más radical esclavitud, la del pecado; porque como dice el evangelista Juan: «si el Hijo os liberare seréis verdaderamente libres» (8, 36). Ello le obliga al cristiano a comprometerse permanentemente con la tarea de la conversión que atraviesa toda la existencia cambiando la orientación de la misma para darse cada vez más a Dios en Jesucristo.

✠ MAURO, *Obispo de Salamanca*

santa sede

Carta Encíclica «Dives in misericordia» del Sumo Pontífice Juan Pablo II, sobre la Misericordia Divina

VENERABLES HERMANOS,
AMADÍSIMOS HIJOS E HIJAS:
¡SALUD Y BENDICION APOSTOLICA!

I

QUIEN ME VE A MI, VE AL PADRE
(cfr. Jn. 14, 9)

1. REVELACIÓN DE LA MISERICORDIA

«DIOS RICO EN MISERICORDIA»¹ es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre; cabalmente su Hijo, en sí mismo, nos lo ha manifestado y nos lo ha hecho conocer². A este respecto, es digno de recordar aquel momento en que Felipe, uno de los doce apóstoles, dirigiéndose a Cristo, le dijo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta»; Jesús le respondió: «¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre»³. Estas palabras fueron pronunciadas en el discurso de despedida, al final de la cena pascual, a la que siguieron los acontecimientos de aquellos días santos, en que debía quedar corroborado de una vez para siempre el hecho de que «Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo»⁴.

Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y en correspondencia con las necesidades particulares de los tiempos en que vivimos, he dedicado la Encíclica *Redemptor Hominis* a la verdad sobre el hombre,

1. Ef. 2, 4.

2. Cfr. Jn. 1, 18; Heb. 1, 1 s.

3. Jn. 14, 8 s.

4. Ef. 2, 4 s.

verdad que nos es revelada en Cristo, en toda su plenitud y profundidad. Una exigencia de no menor importancia, en estos tiempos críticos y nada fáciles, me impulsa a descubrir una vez más en el mismo Cristo el rostro del Padre que es «misericordioso y Dios de todo consuelo»⁵. Efectivamente, en la Constitución *Gaudium et Spes* leemos: «Cristo, el nuevo Adán..., manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»: y esto lo hace «en la misma *revelación del misterio del Padre y de su amor*»⁶. Las palabras citadas son un claro testimonio de que la manifestación del hombre en la plena dignidad de su naturaleza no puede tener lugar sin la referencia —no sólo conceptual, sino también íntegramente existencial— a Dios. El hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo *mediante* la revelación del misterio del Padre y de su amor.

Por esto mismo, es conveniente ahora que volvamos la mirada a este misterio: lo están sugiriendo múltiples experiencias de la Iglesia y del hombre contemporáneo; lo exigen también las invocaciones de tantos corazones humanos, con sus sufrimientos y esperanzas, sus angustias y expectación. Si es verdad que todo hombre es en cierto sentido la vía de la Iglesia —como dije en la encíclica *Redemptor Hominis*—, al mismo tiempo el Evangelio y toda la Tradición nos están indicando constantemente que hemos de recorrer esta vía con todo hombre, tal como *Cristo la ha trazado*, revelando en sí mismo al Padre junto con su amor⁷. En Cristo Jesús, toda vía hacia el hombre, cual le ha sido confiado de una vez para siempre a la Iglesia en el mutable contexto de los tiempos, es simultáneamente un caminar al encuentro del Padre y su amor. El Concilio Vaticano II ha confirmado esta verdad según las exigencias de nuestros tiempos.

Cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia; cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborarse y realizarse teocéntricamente, esto es, orientarse al Padre en Cristo Jesús. Mientras las diversas corrientes del pasado y del presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlas en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del Magisterio del último Concilio. Si pues en la actual fase de la historia de la Iglesia nos proponemos como cometido preminente *actuar la doctrina* del gran Concilio, debemos en consecuencia volver sobre este principio con fe, con mente abierta y con el corazón. Ya en mi citada encíclica he tratado de poner de relieve

5. 2 Cor. 1, 3.

6. Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 22: AAS 58 (1966), p. 1042.

7. Cfr. *ib.*

que el ahondar y enriquecer de múltiples formas la conciencia de la Iglesia, fruto del mismo Concilio, debe abrir más ampliamente nuestra inteligencia y nuestro corazón a Cristo mismo. Hoy quiero añadir que la apertura a Cristo, que en cuanto Redentor del mundo «revela plenamente el hombre al mismo hombre», no puede llevarse a efecto más que a través de una referencia cada vez más madura al Padre y a su amor.

2. ENCARNACIÓN DE LA MISERICORDIA

Dios, que «habita una luz inaccesible»⁸, habla a la vez al hombre con el lenguaje de todo el cosmos: «en efecto, desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras»⁹. Este conocimiento indirecto e imperfecto, obra del entendimiento que busca a Dios por medio de las criaturas a través del mundo visible, no es aún «visión del Padre». «A Dios nadie lo ha visto», escribe San Juan para dar mayor relieve a la verdad, según la cual «precisamente el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, ése le ha dado a conocer»¹⁰. Esta «revelación» manifiesta a Dios en el insondable misterio de su ser —uno y trino— rodeado de «luz inaccesible»¹¹. No obstante, mediante esta «revelación» de Cristo conocemos a Dios, sobre todo en su relación de amor hacia el hombre: en su «filantropía»¹². Es justamente ahí donde «sus perfecciones invisibles» se hacen de modo especial «visibles», incomparablemente más visibles que a través de todas las demás «obras realizadas por él»: tales perfecciones se hacen *visibles en Cristo* y *por Cristo*, a través de sus acciones y palabras y, finalmente, mediante su muerte en la cruz y su resurrección.

De este modo en Cristo y por Cristo, se hace también particularmente visible Dios en su misericordia, esto es, se pone de relieve el atributo de la divinidad, que ya el Antiguo Testamento, sirviéndose de diversos conceptos y términos, definió «*miserickordia*». Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición veterotestamentaria de la misericordia divina. No sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además, y ante todo, *él mismo la encarna y personifica. El mismo es, en cierto sentido, la misericordia*. A quien la ve y encuentra en él, Dios se hace concretamente «visible» como Padre «rico en misericordia»¹³.

La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende

8. 1 Tim. 6, 16.

9. Rom. 1, 20.

10. Jn. 1, 18.

11. 1 Tim. 6, 16.

12. Tit. 3, 4.

13. Ef. 2, 4.

además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de «misericordia» parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y dominado la tierra mucho más que en el pasado¹⁴. Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia. A este respecto, podemos sin embargo recurrir de manera provechosa a la imagen «de la condición del hombre en el mundo contemporáneo», tal cual es delineada al comienzo de la Constitución *Gaudium et Spes*. Entre otras, leemos allí las siguientes frases: «De esta forma, el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y lo peor, pues tiene abierto el camino para optar por la libertad y la esclavitud, entre el progreso o el retroceso, entre la fraternidad y el odio. El hombre sabe muy bien que está en su mano el dirigir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado, y que pueden aplastarle o salvarle»¹⁵.

La situación del mundo contemporáneo pone de manifiesto no sólo transformaciones tales que hacen esperar en un futuro mejor del hombre sobre la tierra, sino que revela también múltiples amenazas, que sobrepasan con mucho las hasta ahora conocidas. Sin cesar de denunciar tales amenazas en diversas circunstancias (como en las intervenciones ante la ONU, la UNESCO, la FAO y en otras partes) la Iglesia debe examinarlas al mismo tiempo a la luz de la verdad recibida de Dios.

Revelada en Cristo, la verdad acerca de Dios como «Padre de la misericordia»¹⁶, nos permite «verlo» especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad. Debido a esto, en la situación actual de la Iglesia y del mundo, muchos hombres y muchos ambientes guiados por un vivo sentido de fe se dirigen, yo diría casi espontáneamente, a la misericordia de Dios. Ellos son ciertamente impulsados a hacerlo por Cristo mismo, el cual, mediante su Espíritu, actúa en lo íntimo de los corazones humanos. En efecto, revelado por El, el misterio de Dios «Padre de la misericordia» constituye, en el contexto de las actuales amenazas contra el hombre, como una llamada singular dirigida a la Iglesia.

En la presente Encíclica deseo acoger esta llamada; deseo recurrir al lenguaje eterno —y al mismo tiempo incomparable por su sencillez y profundidad— de la revelación y de la fe, para expresar precisamente con él una vez más, ante Dios y ante los hombres, las grandes preocupaciones de nuestro tiempo.

14. Cfr. Gen. 1, 28.

15. Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 9: AAS 58 (1966), p. 1032.

16. 2 Cor. 1, 3.

En efecto, la revelación y la fe nos enseñan no tanto a meditar en abstracto el misterio de Dios, como «Padre de la misericordia», cuanto a recurrir a esta misma misericordia en el nombre de Cristo y en unión con El. ¿No ha dicho quizá Cristo que nuestro Padre, que «ve en secreto»¹⁷, espera, se diría que continuamente, que nosotros, recurriendo a El en toda necesidad, escrutemos cada vez más su misterio: el misterio del Padre y de su amor?¹⁸.

Deseo pues que estas consideraciones hagan más cercano a todos tal misterio y que sean al mismo tiempo una vibrante llamada de la Iglesia a la misericordia, de la que el hombre y el mundo contemporáneo tienen tanta necesidad, aunque con frecuencia no lo saben.

II

MENSAJE MESIANICO

3. CUANDO CRISTO COMENZÓ A OBRAR Y ENSEÑAR

Ante sus conciudadanos en Nazaret, Cristo hace alusión a las palabras del profeta Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor»¹⁹. Estas frases, según san Lucas, *son su primera declaración mesiánica*, a la que siguen los hechos y palabras conocidos a través del Evangelio. Mediante tales hechos y palabras, Cristo hace presente al Padre entre los hombres. Es altamente significativo que estos hombres sean en primer lugar los pobres, carentes de medios de subsistencia, los privados de libertad, los ciegos que no ven la belleza de la creación, los que viven en aflicción de corazón o sufren a causa de la injusticia social, y finalmente los pecadores. Con relación a éstos especialmente, Cristo se convierte sobre todo en signo legible de Dios que es amor; se hace signo del Padre. En tal signo visible, al igual que los hombres de aquel entonces, también los hombres de nuestros tiempos pueden ver al Padre.

Es significativo que, cuando los mensajeros enviados por Juan Bautista llegaron donde estaba Jesús para preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?»²⁰, El, recordando el mismo testimonio con que había inaugurado sus enseñanzas en Nazaret, haya res-

17. Mt. 6, 4. 6. 18.

18. Cfr. Ef. 3, 18; además Lc. 11, 5-13.

19. Lc. 4, 18 s.

20. Lc. 7, 19.

pondido: «Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados», para concluir diciendo: «y bienaventurado quien no se escandaliza de mí»²¹.

Jesús, sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo *en el mundo* en que vivimos *está presente el amor*, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la «condición humana» histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado «misericordia» en el lenguaje bíblico.

Cristo, pues, revela a Dios que es Padre, que es «amor», como dirá san Juan en su primera Carta²²; revela a Dios «rico de misericordia», como leemos en san Pablo²³. Esta verdad, más que tema de enseñanza, constituye una realidad que Cristo nos ha hecho presente. *Hacer presente al Padre en cuanto amor y misericordia* es en la conciencia de Cristo mismo la prueba fundamental de su misión de Mesías; lo corroboran las palabras pronunciadas por El primeramente en la sinagoga de Nazaret y más tarde ante sus discípulos y ante los enviados por Juan Bautista.

En base a tal modo de manifestar la presencia de Dios que es padre, amor y misericordia, Jesús hace de la misma misericordia uno de los temas principales de su *predicación*. Como de costumbre, también aquí enseña preferentemente «en parábolas», debido a que éstas expresan mejor la esencia misma de las cosas. Baste recordar la parábola del hijo pródigo²⁴ o la del buen Samaritano²⁵ y también —como contraste— la parábola del siervo inicuo²⁶. Son muchos los pasos de las enseñanzas de Cristo que ponen de manifiesto el amor-misericordia bajo un aspecto siempre nuevo. Basta tener ante los ojos al Buen Pastor en busca de la oveja extraviada²⁷ o la mujer que barre la casa buscando la dracma perdida²⁸. El evangelista que trata con detalle estos temas en las enseñanzas de Cristo es san Lucas, cuyo evangelio ha merecido ser llamado «el evangelio de la misericordia».

Cuando se habla de la predicación, se plantea un problema de capital importancia por lo que se refiere al significado de los términos y al con-

21. Lc. 7, 22 s.

22. 1 Jn 4, 16.

23. Ef. 2, 4.

24. Lc. 15, 11-32.

25. Lc. 10, 30-37.

26. Mt. 18, 23-35.

27. Mt. 18, 12-14; Lc. 15, 3-7.

28. Lc. 15, 8-10.

tenido del concepto, sobre todo del concepto de «misericordia» (en su relación con el concepto de «amor»). Comprender esos contenidos es la clave para entender la realidad misma de la misericordia. Y es esto lo que realmente nos importa. No obstante, antes de dedicar ulteriormente una parte de nuestras consideraciones a este tema, es decir, antes de establecer el significado de los vocablos y el contenido propio del concepto «misericordia», es necesario constatar que Cristo, al revelar el amor-misericordia de Dios, *exigía* al mismo tiempo a los hombres que a su vez se dejaran guiar en su vida por el amor y la misericordia. Esta exigencia forma parte del núcleo mismo del mensaje mesiánico y constituye la esencia del *ethos* evangélico. El Maestro lo expresa bien sea a través del mandamiento definido por él como «el más grande»²⁹, bien en forma de bendición, cuando en el discurso de la montaña proclama: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»³⁰.

De este modo, el mensaje mesiánico acerca de la misericordia conserva una particular dimensión divino-humana. Cristo —en cuanto cumplimiento de las profecías mesiánicas—, al convertirse en la encarnación del amor que se manifiesta con peculiar fuerza respecto a los que sufren, a los infelices y a los pecadores, hace presentes y revela de este modo más plenamente al Padre, que es Dios «rico en misericordia». Asimismo, al convertirse para los hombres en modelo del amor misericordioso hacia los demás, Cristo proclama con las obras, más que con las palabras, la apelación a la misericordia que es una de las componentes esenciales del *ethos* evangélico. En este caso no se trata sólo de cumplir un mandamiento o una exigencia de naturaleza ética, sino también de satisfacer una condición de capital importancia, a fin de que Dios pueda revelarse en su misericordia hacia el hombre: ...los misericordiosos ... alcanzarán misericordia.

III

EL ANTIGUO TESTAMENTO

4. El concepto de «misericordia» tiene en el Antiguo Testamento una larga y rica historia. Debemos remontarnos hasta ella para que resplandezca más plenamente la misericordia revelada por Cristo. Al revelarla con sus obras y sus enseñanzas, Él se estaba dirigiendo a hombres, que no sólo conocían el concepto de misericordia, sino que además, *en cuanto pueblo de Dios de la Antigua Alianza*, habían sacado de su historia plu-

29. Mt. 22, 38.

30. Mt. 5, 7.

risecular una *experiencia peculiar de la misericordia de Dios*. Esta experiencia era social y comunitaria, como también individual e interior.

Efectivamente, Israel fue el pueblo de la alianza con Dios, alianza que rompió muchas veces. Cuando a su vez adquiría conciencia de la propia infidelidad —y a lo largo de la historia de Israel no faltan profetas y hombres que despiertan tal conciencia— se apelaba a la misericordia. A este respecto los Libros del Antiguo Testamento nos ofrecen muchísimos testimonios. Entre los hechos y textos de mayor relieve se pueden recordar: el comienzo de la historia de los Jueces³¹, la oración de Salomón al inaugurar el Templo³², una parte de la intervención profética de Miqueas³³, las consoladoras garantías ofrecidas por Isaías³⁴, la súplica de los hebreos desterrados³⁵, la renovación de la alianza después de la vuelta del exilio³⁶.

Es significativo que los profetas en su predicación pongan la misericordia, a la que recurren con frecuencia debido a los pecados del pueblo, en conexión con la imagen incisiva del amor por parte de Dios. El Señor ama a Israel con el amor de una peculiar elección, semejante al amor de un esposo³⁷, y por esto perdona sus culpas e incluso sus infidelidades y traiciones. Cuando se ve de cara a la penitencia, a la conversión auténtica, devuelve de nuevo la gracia a su pueblo³⁸. En la predicación de los profetas *la misericordia significa una potencia especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido*.

En este amplio contexto «social», la misericordia aparece como elemento correlativo de la experiencia interior de las personas en particular, que versan en estado de culpa o padecen toda clase de sufrimientos y desventuras. *Tanto el mal físico como el mal moral o pecado hacen* que los hijos e hijas de Israel se dirijan al Señor recurriendo a su misericordia. Así lo hace David, con la conciencia de la gravedad de su culpa³⁹. Y así lo hace también Job, después de sus rebeliones, en medio de su tremenda desventura⁴⁰. A él se dirige igualmente Ester, consciente de la amenaza mortal a su pueblo⁴¹. En los Libros del Antiguo Testamento podemos ver otros muchos ejemplos⁴².

31. Cfr. Jue. 3, 7-9.

32. Cfr. 1 Re. 8, 22-53.

33. Cfr. Miq. 7, 18-20.

34. Cfr. Is. 1, 18; 51, 4-16.

35. Cfr. Bar. 2, 11 - 3, 8.

36. Cfr. Neb. 9.

37. Cfr. p. ej. Os. 2, 21-25 y 15; Is. 54, 6-8.

38. Cfr. Jer. 31, 20; Ez. 39, 25-29.

39. Cfr. 2 Sam. 11; 12; 24, 10.

40. Job, *passim*.

41. Est. 4, 17k ss.

42. Cfr. p. ej. Neh. 9, 30-32; Tob. 3, 2-3. 11-12; 8, 16-17; 1 Mac. 4, 24.

En el origen de esta multiforme convicción comunitaria y personal, como puede comprobarse por todo el Antiguo Testamento a lo largo de los siglos, se coloca la experiencia fundamental del pueblo elegido, vivida en tiempos del éxodo: el Señor vio la miseria de su pueblo, reducido a la esclavitud, oyó su grito, conoció sus angustias y decidió liberarlo⁴³. En este acto de salvación llevado a cabo por el Señor, el profeta supo individuar su amor y compasión⁴⁴. Es aquí precisamente donde radica la seguridad que abriga todo el pueblo y cada uno de sus miembros en la misericordia divina, que se puede invocar en circunstancias dramáticas.

A esto se añade el hecho de que la miseria del hombre es también su pecado. El pueblo de la Antigua Alianza conoció esta miseria desde los tiempos del éxodo, cuando levantó el becerro de oro. Sobre este gesto de ruptura de la alianza, triunfó el Señor mismo, manifestándose solemnemente a Moisés como «Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad»⁴⁵. Es en esta revelación central donde el pueblo elegido y cada uno de sus miembros encontrarán, después de toda culpa, la fuerza y la razón para dirigirse al Señor con el fin de recordarle lo que El había revelado de sí mismo⁴⁶ y para implorar su perdón.

Y así, tanto en sus hechos como en sus palabras, el Señor ha revelado su misericordia desde los comienzos del pueblo que escogió para sí y, a lo largo de la historia, este pueblo se ha confiado continuamente, tanto en las desgracias como en la toma de conciencia de su pecado, al Dios de las misericordias. Todos los matices del amor se manifiestan en la misericordia del Señor para con los suyos: él es su padre⁴⁷, ya que Israel es su hijo primogénito⁴⁸; él es también esposo de la que el profeta anuncia con un nombre nuevo, *ruhana*, «muy amada», porque será tratada con misericordia⁴⁹.

Incluso cuando, exasperado por la infidelidad de su pueblo, el Señor decide acabar con él, siguen siendo la ternura y el amor generoso para con el mismo lo que le hace superar su cólera⁵⁰. Es fácil entonces comprender por qué los Salmistas, cuando desean cantar las alabanzas más sublimes del Señor, entonan himnos al Dios del amor, de la ternura, de la misericordia y de la fidelidad⁵¹.

43. Cfr. Ex. 3, 7 s.

44. Cfr. Is. 63, 9.

45. Ex. 34, 6.

46. Cfr. Num. 14, 18; 2 Par. 30, 9; Neh. 9, 17; Sal. 86 (85), 15; Sab. 15, 1; Eclo. 2, 11; Jl. 2, 13.

47. Cfr. Is. 63, 16.

48. Cfr. Ex. 4, 22.

49. Cfr. Os. 2, 3.

50. Cfr. Os. 11, 7-9; Jer 31, 20; Is. 54, 7 s.

51. Sal. 103 (102) y 145 (144).

De todo esto se deduce que la misericordia no pertenece únicamente al concepto de Dios, sino que es algo que caracteriza la vida de todo el pueblo de Israel y también de sus propios hijos e hijas: *es el contenido de la intimidad con su Señor*, el contenido de su diálogo con El. Bajo este aspecto precisamente la misericordia es expresada en los Libros del Antiguo Testamento con una gran riqueza de expresiones. Sería quizá difícil buscar en estos Libros una respuesta puramente teórica a la pregunta sobre en qué consiste la misericordia en sí misma. No obstante, ya la *terminología* que en ellos se utiliza, puede decirnos mucho a tal respecto⁵².

52. Al definir la misericordia los Libros del Antiguo Testamento usan sobre todo dos expresiones, cada una de las cuales tiene un matiz semántico distinto. Ante todo está el término *hesed*, que indica una actitud profunda de «bondad». Cuando esa actitud se da entre dos hombres, éstos son no solamente benévolos el uno con el otro, sino al mismo tiempo recíprocamente fieles en virtud de un compromiso interior, por tanto también en *virtud de una fidelidad hacia sí mismos*. Si además *hesed* significa también «gracia» o «amor», esto es precisamente en base a tal *fidelidad*. El hecho de que el compromiso en cuestión tenga un carácter no sólo moral, sino casi jurídico, no cambia nada. Cuando en el Antiguo Testamento el vocablo *hesed* es referido el Señor, esto tiene lugar siempre en relación con la alianza que Dios ha hecho con Israel. Esa alianza fue, por parte de Dios, un don y una gracia para Israel. Sin embargo, puesto que en coherencia con la alianza hecha por Dios se había comprometido a respetarla, *hesed* cobraba, en cierto modo, un contenido legal. El compromiso jurídico por parte de Dios dejaba de obligar cuando Israel infringía la alianza y no respetaba sus condiciones. Pero precisamente entonces *hesed*, dejando de ser obligación jurídica, descubría su aspecto más profundo: se manifestaba lo que era al principio, es decir, como amor que da, amor más fuerte que la traición, gracia más fuerte que el pecado.

Esta fidelidad para con la «hija de mi pueblo» infiel (cfr. Lam. 4, 3.6) es, en definitiva, *por parte de Dios, fidelidad a sí mismo*. Esto resulta evidente sobre todo en el recurso frecuente al binomio *hesed we'emet* (= gracia y fidelidad), que podría considerarse una endiádis (cfr. por ej. Ex. 34, 6; 2 Sam. 2, 6; 15, 20; Sal. 25 [24], 10; 40 [39], 11 s; 85 [84], 11; 138 [137], 2; Miq. 7, 20). «No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino más bien por el honor de mi nombre» (Ez. 36, 22). Por tanto también Israel, aunque lleno de culpas por haber roto la alianza, no puede recurrir al *hesed* de Dios en base a una justicia legal; no obstante, puede y debe continuar esperando y tener confianza en obtenerlo, siendo el Dios de la alianza realmente «responsable su amor». Frutos de ese amor son el perdón, la restauración de la gracia y el restablecimiento de la alianza interior.

El *segundo vocablo*, que en la terminología del Antiguo Testamento sirve para definir la misericordia, es *rahamim*. Este tiene un matiz distinto del *hesed*. Mientras éste pone en evidencia los caracteres de la fidelidad hacia sí mismo y de la «responsabilidad del propio amor» (que son caracteres en cierto modo masculinos), *rahamim*, ya en su raíz, *denota el amor de la madre (rehem = regazo materno)*. Desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la unidad que liga a la madre con el niño, brota una relación particular con él, un amor particular. Se puede decir que este amor es totalmente gratuito, no fruto de mérito, y que bajo este aspecto constituye una necesidad interior: es una exigencia del corazón. Es una variante casi «femenina» de la fidelidad masculina a sí mismo, expresada en el *hesed*. Sobre este trasfondo psicológico, *rahamim* engendra una escala de sentimientos, entre los que están la bondad y la ternura, la paciencia y la comprensión, es decir, la disposición a perdonar.

El Antiguo Testamento proclama la misericordia del Señor sirviéndose de múltiples términos de significado afín entre ellos; se diferencian en su contenido peculiar, *pero tienden —podríamos decir— desde angulaciones diversas hacia un único contenido fundamental* para expresar su riqueza trascendental y al mismo tiempo acercarla al hombre bajo distintos aspectos. El Antiguo Testamento anima a los hombres desventurados, en primer lugar a quienes versan bajo el peso del pecado —al igual que a todo Israel que se había adherido a la alianza con Dios— *a recurrir a la misericordia* y les concede contar con ella: la recuerda en los momentos de caída y de desconfianza. Seguidamente, *de gracias y gloria* cada vez

El Antiguo Testamento atribuye al Señor precisamente esos caracteres, cuando habla de él sirviéndose del término *rah^mmim*. Leemos en Isaías: «¿Puede acaso una mujer olvidarse de su mamoncillo, no compadecerse del hijo de sus entrañas? *Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaría*» (Is. 49, 15). Este amor, fiel e invencible gracias a la misteriosa fuerza de la maternidad, se expresa en los textos veterotestamentarios de diversos modos: ya sea como salvación de los peligros, especialmente de los enemigos, ya sea también como perdón de los pecados —respecto de cada individuo así como también de todo Israel— y, finalmente, en la prontitud para cumplir la promesa y la esperanza (escatológicas), no obstante la infidelidad humana, como leemos en Oseas: «Yo curaré su rebeldía y los amaré gozosamente» (Os. 14, 5).

En la terminología del Antiguo Testamento encontramos todavía otras expresiones, referidas diversamente al mismo contenido fundamental. Sin embargo, las dos antedichas merecen una atención particular. En ellas se manifiesta claramente su *original aspecto antropomórfico*: al presentar la misericordia divina, los autores bíblicos se sirven de los términos que corresponden a la conciencia y a la experiencia del hombre contemporáneo suyo. La terminología griega usada por los Setenta muestra una riqueza menor que la hebraica: no ofrece, pues, todos los matices semánticos propios del texto original. En cada caso, el Nuevo Testamento construye sobre la riqueza y profundidad, que ya distinguía el Antiguo.

De ese modo, heredamos del Antiguo Testamento —casi en una síntesis especial— no solamente la riqueza de las expresiones usadas por aquellos Libros para definir la misericordia divina, sino también una específica, obviamente antropomórfica «psicología» de Dios: *la palpitante imagen de su amor*, que en contacto con el mal y en particular, con el pecado del hombre y del pueblo, *se manifiesta como misericordia*. Esa imagen está compuesta, además del contenido más bien general del verbo *hanan*, también por el contenido de *hesed* y por el de *rah^mmim*. El término *hanan* expresa un concepto más amplio; significa, en efecto, la manifestación de la gracia, que comporta, por así decir, una constante predisposición magnánima, benévola y clemente.

Además de estos elementos semánticos fundamentales, el concepto de misericordia en el Antiguo Testamento está compuesto también por lo que encierra el verbo *hamal*, que literalmente significa «perdonar (al enemigo vencido)», pero también «manifestar piedad y compasión» y, como consecuencia, perdón y remisión de la culpa. También el término *hus* expresa piedad y compasión, pero sobre todo en sentido afectivo. Estos términos aparecen en los textos bíblicos más raramente para indicar la misericordia. Además, conviene destacar el ya recordado vocablo *'emet*, que significa en primer lugar «solidez, seguridad» (en el griego de los LXX: «verdad») y en segundo lugar, «fidelidad», y en ese sentido parece relacionarse con el contenido semántico propio del término *hesed*.

que se ha manifestado y cumplido, bien sea en la vida del pueblo, bien en la vida de cada individuo.

De este modo, la misericordia se contrapone en cierto sentido a la justicia divina y se revela en multitud de casos no sólo más poderosa, sino también más profunda que ella. Ya el Antiguo Testamento enseña que, si bien la justicia es auténtica virtud en el hombre y, en Dios, significa la más «grande» que ella: es superior en el sentido de que es primario y fundamental. El amor, por así decirlo, condiciona a la justicia y en definitiva la justicia es servidora de la caridad. La primacía y la superioridad del amor respecto a la justicia (lo cual es característico de toda la revelación) *se manifiestan* precisamente a través de la *misericordia*. Esto pareció tan claro a los Salmistas y a los Profetas que el término mismo de *justicia* terminó por significar la salvación llevada a cabo por el Señor y su misericordia⁵³. *La misericordia difiere de la justicia pero no está en contraste con ella*, siempre que admitamos en la historia del hombre —como lo hace el Antiguo Testamento— la presencia de Dios, el cual ya en cuanto creador se ha vinculado con especial amor a su criatura. El amor, por su naturaleza, excluye el odio y el deseo del mal, respecto a aquel que una vez ha hecho donación de sí mismo: *nihil odisti eorum quae fecisti*: «nada aborreces de lo que has hecho»⁵⁴. Estas palabras indican el fundamento profundo de la relación entre la justicia y la misericordia en Dios, en sus relaciones con el hombre y con el mundo. Nos están diciendo que debemos buscar las raíces vivificantes y las razones íntimas de esta relación, remontándonos al «principio», *en el misterio mismo de la creación*. Ya en el contexto de la Antigua Alianza anuncian de antemano la plena revelación de Dios que «es amor»⁵⁵.

Con el misterio de la creación está vinculado *el misterio de la elección*, que ha plasmado de manera peculiar la historia del pueblo, cuyo padre espiritual es Abraham en virtud de su fe. Sin embargo, mediante este pueblo que camina a lo largo de la historia, tanto de la Antigua como de la Nueva Alianza, este misterio de la elección se refiere a cada hombre, a toda la gran familia humana: «Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido mi favor»⁵⁶. «Aunque se retiren los montes..., no se apartará de ti mi amor, ni mi alianza de paz vacilará»⁵⁷. Esta verdad, anunciada un día a Israel, lleva dentro de sí la perspectiva de la historia entera del hombre: *perspectiva* que es a la vez *temporal* y *escatológica*⁵⁸. Cristo revela al Padre en la misma perspectiva y sobre un terreno ya pre-

53. Sal. 40, 11; 98, 2 s; Is. 45, 21; 51, 5. 8; 56, 1.

54. Sab. 11, 24.

55. 1 Jn. 4, 16.

56. Jer. 31, 3.

57. Is. 54, 10.

58. Jon. 4, 2. 11; Sal. 145, 9; Eclo. 18, 8-14; Sab. 11, 23 - 12, 1.

parado, como lo demuestran amplias páginas de los escritos del Antiguo Testamento. Al final de tal revelación, en la víspera de su muerte, dijo El al apóstol Felipe estas memorables palabras: «¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»⁵⁹.

IV

LA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

5. ANALOGÍA

Ya en los umbrales del Nuevo Testamento resuena en el evangelio de san Lucas una correspondencia singular entre dos términos referentes a la misericordia divina, en los que se refleja intensamente toda la tradición vétero-testamentaria. Aquí hallan expresión aquellos contenidos semánticos vinculados a la terminología diferenciada de los Libros Antiguos. He ahí a *María* que, entrando en casa de Zacarías, *proclama* con toda su alma la *grandeza* del Señor «*por su misericordia*», de la que «*de generación en generación*» se hacen partícipes los hombres que viven en el temor de Dios. Poco después, recordando la elección de Israel, ella proclama la misericordia, de la que «se recuerda» desde siempre el que la escogió a ella⁶⁰. Sucesivamente, al nacer Juan Bautista, en la misma casa su padre *Zacarías*, bendiciendo al Dios de Israel, glorifica la misericordia que ha concedido «a nuestros padres y se ha recordado de su santa alianza»⁶¹.

En las enseñanzas de Cristo mismo, esta imagen heredada del Antiguo Testamento *se simplifica* y a la vez *se profundiza*. Esto se ve quizá con más evidencia en la parábola del hijo pródigo⁶², donde la esencia de la misericordia divina, aunque la palabra «misericordia» no se encuentre allí, es expresada de manera particularmente límpida. A ello contribuye no sólo la terminología, como en los libros veterotestamentarios, sino la

59. Jn. 14, 9.

60. En ambos casos se trata de *hesed*, es decir de la fidelidad que Dios manifiesta al propio amor hacia su pueblo; fidelidad a las promesas, que precisamente en la maternidad de la Madre de Dios encontrarán su cumplimiento definitivo (cfr. Lc. 1, 49-54).

61. Lc. 1, 66-72. También en este caso trata de la misericordia con el significado de *hesed*, en cuanto en las frases siguientes, en las que Zacarías habla de las «entrañas misericordiosas de nuestro Dios», se expresa claramente el segundo significado, el de *rah'mim* (traducción latina: *viscera misericordiae*), que identifica más bien la misericordia divina con el amor materno.

62. Cfr. Lc. 15, 11-32.

analogía que permite comprender más plenamente el misterio mismo de la misericordia en cuanto drama profundo, que se desarrolla entre el amor del padre y la prodigalidad y el pecado del hijo.

Aquel hijo, que recibe del padre la parte de patrimonio que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, «viviendo disolutamente», es en cierto sentido el hombre de todos los tiempos, comenzando por aquél que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original. La analogía en este punto es muy amplia. La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado. En esta analogía se pone menos de relieve la infidelidad del pueblo de Israel, respecto a cuanto ocurría en la tradición profética, aunque también a esa infidelidad se puede aplicar la *analogía del hijo pródigo*. Aquel hijo, «cuando hubo gastado todo... comenzó a sentir necesidad», tanto más cuanto que sobrevino una gran carestía «en el país», al que había emigrado después de abandonar la casa paterna. En este estado de cosas «hubiera querido saciarse» con algo, incluso «con las bellotas que comían los puercos» que él mismo pastoreaba por cuenta de «uno de los habitantes de aquella región». Pero también esto le estaba prohibido.

La analogía se desplaza claramente hacia el interior del hombre. El patrimonio que aquel tal había recibido de su padre era un recurso de bienes materiales, pero más importante que estos bienes materiales era *su dignidad de hijo en la casa paterna*. La situación en que llegó a encontrarse cuando ya había perdido los bienes materiales, le debía hacer consciente, por necesidad, de la pérdida de esa dignidad. El no había pensado en ello anteriormente, cuando pidió a su padre que le diese la parte de patrimonio que le correspondía, con el fin de marcharse. Y parece que tampoco sea consciente ahora, cuando se dice a sí mismo: «¡Cuántos asalariados en casa de mi padre tienen pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre!». El se mide a sí mismo con el metro de los bienes que había perdido y que ya «no posee», mientras que los asalariados en casa de su padre los «poseen». Estas palabras se refieren ante todo a una relación con los bienes materiales. No obstante, bajo estas palabras se esconde el drama de la dignidad perdida, la conciencia de la filiación echada a perder.

Es entonces cuando toma la decisión: «Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado, contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros»⁶³. Palabras, éstas, que revelan más a fondo el problema central. A través de la compleja situación material, en que el hijo pródigo había llegado a encontrarse debido a su ligereza, a causa del pecado, había ido madurando

63. Lc. 15, 18 s.

el sentido de la dignidad perdida. Cuando él decide volver a la casa paterna y pedir a su padre que lo acoja —no ya en virtud del derecho de hijo, sino en condiciones de mercenario— parece externamente que obra por razones del hambre y de la miseria en que ha caído; pero este motivo está impregnado por la conciencia de una pérdida más profunda: *ser un jornalero en casa del propio padre* es ciertamente una gran humillación y vergüenza. Se da cuenta de que ya no tiene ningún otro derecho, sino el de ser mercenario en la casa de su padre. Su decisión es tomada en plena conciencia de lo que merece y de aquello a lo que puede aún tener derecho según las normas de la justicia. Precisamente este razonamiento demuestra que, en el centro de la conciencia del hijo pródigo, emerge el sentido de la dignidad perdida, de aquella dignidad que brota de la relación del hijo con el padre. Con esta decisión emprende el camino.

En la parábola del hijo pródigo no se utiliza ni siquiera una sola vez, el término «justicia»; como tampoco, en el texto original, se usa la palabra «misericordia»; sin embargo, *la relación de la justicia con el amor, que se manifiesta como misericordia* está inscrito con gran precisión en el contenido de la parábola evangélica. Se hace más obvio que el amor se transforma en misericordia, cuando hay que superar la norma precisa de la justicia: precisa y a veces demasiado estrecha. El hijo pródigo, consumadas las riquezas recibidas de su padre, merece —a su vuelta— ganarse la vida trabajando como jornalero en la casa paterna y eventualmente conseguir poco a poco una cierta provisión de bienes materiales; pero quizá nunca en tanta cantidad como había malgastado. Tales serían las exigencias del orden de la justicia; tanto más cuanto que aquel hijo no sólo había disipado la parte de patrimonio que le correspondía, sino que además *había tocado en lo más vivo y había ofendido a su padre* con su conducta. Esta, que a su juicio le había desposeído de la dignidad filial, no podía ser indiferente a su padre; debía hacerle sufrir y en algún modo incluso implicarlo. Pero en fin de cuentas se trataba del propio hijo y tal relación no podía ser alienada, ni destruida por ningún comportamiento. El hijo pródigo era consciente de ello y es precisamente tal conciencia lo que le muestra con claridad la dignidad perdida y lo que le hace valorar con rectitud el puesto que podía corresponderle aún en casa de su padre.

6. REFLEXIÓN PARTICULAR SOBRE LA DIGNIDAD HUMANA

Esta imagen concreta del estado de ánimo del hijo pródigo nos permite comprender con exactitud en qué consiste la misericordia divina. No hay lugar a dudas de que en esa analogía sencilla pero penetrante la figura del progenitor nos revela a Dios como Padre. El comportamiento del padre de la parábola, su modo de obrar que pone de manifiesto su actitud interior, nos permite hallar cada uno de los hilos de la visión

veterotestamentaria de la misericordia, en una síntesis completamente nueva, llena de sencillez y de profundidad. El padre del hijo pródigo *es fiel a su paternidad, fiel al amor* que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría, con aquella festividad tan generosa respecto al disipador después de su vuelta, de tal manera que suscita contrariedad y envidia en el hermano mayor, quien no se había alejado nunca del padre ni había abandonado la casa.

La fidelidad a sí mismo por parte del padre —un comportamiento ya conocido por el término veterotestamentario «*hesed*»— es expresada al mismo tiempo de manera singularmente impregnada de amor. Leemos en efecto que cuando el padre divisó de lejos al hijo pródigo que volvía a casa, «le salió *conmovido* al encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó»⁶⁴. Está obrando ciertamente a impulsos de un profundo afecto, lo cual explica también su generosidad hacia el hijo, aquella generosidad que indignará tanto al hijo mayor. Sin embargo, las causas de la conmoción hay que buscarlas más en profundidad. Sí, el padre es consciente de que se ha salvado un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo. Si bien éste había malgastado el patrimonio, *no obstante ha quedado a salvo su humanidad*. Es más, *ésta ha sido de algún modo encontrada* de nuevo. Lo dicen las palabras dirigidas por el padre al hijo mayor: «Había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado»⁶⁵. En el mismo capítulo XV del evangelio de san Lucas, leemos la parábola de la oveja extraviada⁶⁶ y sucesivamente de la dracma perdida⁶⁷. Se pone siempre de relieve la misma alegría, presente en el caso del hijo pródigo. La fidelidad del padre a sí mismo está totalmente centrada en la humanidad del hijo perdido, en su dignidad. Así se explica ante todo la alegre conmoción por su vuelta a casa.

Prosiguiendo, se puede decir por tanto que el amor hacia el hijo, el amor que brota de la esencia misma de la paternidad, obliga en cierto sentido al padre a tener solicitud por la dignidad del hijo. Esta solicitud constituye la medida de su amor, como escribirá san Pablo: «La caridad es paciente, es benigna..., no es interesada, no se irrita..., no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad..., todo lo espera, todo lo tolera» y «no pasa jamás»⁶⁸. La misericordia —tal como Cristo nos la ha presentado en la parábola del hijo pródigo— *tiene la forma interior del*

64. Lc. 15, 20.

65. Lc. 15, 32.

66. Cfr. Lc. 15, 3-6.

67. Cfr. Lc. 15, 8 s.

68. 1 Cor. 13, 4-8.

amor, que en el Nuevo Testamento se llama *agapé*. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y «revalorizado». El padre le manifiesta, particularmente, su alegría por haber sido «hallado de nuevo» y por «hacer resucitado». Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica además un bien hallado de nuevo, que en el caso del hijo pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo.

Lo que ha ocurrido en relación del padre con el hijo, en la parábola de Cristo, no se puede valorar «desde fuera». Nuestros prejuicios en torno al tema de la misericordia son a lo más el resultado de una valoración exterior. Ocurre a veces que siguiendo tal sistema de valoración, *percibimos principalmente en la misericordia una relación de desigualdad* entre el que la ofrece y el que la recibe. Consiguientemente estamos dispuestos a deducir que la misericordia difama a quien la recibe y ofende la dignidad del hombre. La parábola del hijo pródigo demuestra cuán *diversa* es la realidad: la relación de misericordia se funda en la común experiencia de aquel bien que es el hombre, sobre la común experiencia de la dignidad que le es propia. Esta experiencia común hace que el hijo pródigo comience a verse a sí mismo y sus acciones con toda verdad (semejante visión en la verdad es auténtica humildad); en cambio para el padre, y precisamente por esto, el hijo se convierte en un bien particular: el padre ve el bien que se ha realizado con una claridad tan límpida, gracias a una irradiación misteriosa de la verdad y del amor, que parece olvidarse de todo el mal que el hijo había cometido.

La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda *la realidad de la conversión*. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas de mal* existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. Ella no cesó nunca de revelarse en sus corazones y en sus acciones, como una prueba singularmente creadora del amor que no se deja «vencer por el mal», sino que «vence con el bien al mal»⁶⁹.

69. Cfr. Rom. 12, 21.

Es necesario que el rostro genuino de la misericordia sea siempre desvelado de nuevo. No obstante múltiples prejuicios, ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos.

V

EL MISTERIO PASCUAL

7. MISERICORDIA REVELADA EN LA CRUZ Y EN LA RESURRECCIÓN

El mensaje mesiánico de Cristo y su actividad entre los hombres termina con la cruz y la resurrección. Debemos penetrar hasta lo hondo de este acontecimiento final que, de modo especial en el lenguaje conciliar, es definido *mysterium paschale*, si queremos expresar profundamente la verdad de la misericordia, tal como ha sido hondamente revelada en la historia de nuestra salvación. En este punto de nuestras consideraciones, tendremos que acercarnos más aún al contenido de la Encíclica *Redemptor Homínis*. En efecto, si la realidad de la redención, en su dimensión humana desvela la grandeza inaudita del hombre, *que mereció tener tan gran Redentor*⁷⁰, al mismo tiempo yo diría que la *dimensión divina de la redención* nos permite, en el momento más empírico e «histórico», desvelar la profundidad de aquel amor que no se echa atrás ante el extraordinario sacrificio del Hijo, para colmar la fidelidad del Creador y Padre respecto a los hombres creados a su imagen y ya desde el «principio» elegidos, en este Hijo, para la gracia y la gloria.

Los acontecimientos del Viernes Santo y, aun antes, la oración en Getsemani, introducen en todo el curso de la revelación del amor y de la misericordia, en la misión mesiánica de Cristo, un cambio fundamental. El que «pasó haciendo el bien y sanando»⁷¹, «curando toda clase de dolencias y enfermedades»⁷², él mismo parece merecer ahora la más grande misericordia y *apelarse a la misericordia* cuando es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas; cuando es clavado en la cruz y expira entre terribles tormentos⁷³. Es entonces cuando merece de modo particular la misericordia de los hombres, a quienes ha hecho el bien, y no la recibe. Incluso aquellos que están más cercanos a Él, no saben protegerlo y arrancarlo de las manos de los opresores. En esta etapa final de la función mesiánica se cumplen en Cristo las palabras pronunciadas

70. Cfr. Liturgia de la Vigilia pascual: «Exsultet».

71. Act. 10, 38.

72. Mt. 9, 35.

73. Cfr. Mc. 15, 37; Jn. 19, 30.

por los profetas, sobre todo Isaías, acerca del Siervo de Yahvé: «por sus llagas hemos sido curados»⁷⁴.

Cristo, en cuanto hombre que sufre realmente y de modo terrible en el Huerto de los Olivos y en el Calvario, se dirige al Padre, a aquel Padre, cuyo amor ha predicado a los hombres, cuya misericordia ha testimoniado con todas sus obras. Pero no les es ahorrado —precisamente a él— el tremendo sufrimiento de la muerte en cruz: «a quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado para nosotros»⁷⁵, escribía san Pablo, resumiendo en pocas palabras toda la profundidad del misterio de la cruz y a la vez la dimensión divina de la realidad de la redención. Justamente esta redención es la revelación última y definitiva de la santidad de Dios, que es la plenitud absoluta de la perfección: plenitud de la justicia y del amor, ya que la justicia se funda sobre el amor, mana de él y tiende hacia él. En la pasión y muerte de Cristo —en el hecho de que el Padre no perdonó la vida a su Hijo, sino que lo «hizo pecado por nosotros»⁷⁶— se expresa la justicia absoluta, porque Cristo sufre la pasión y la cruz a causa de los pecados de la humanidad. Esto es incluso una «sobrea abundancia» de la justicia, ya que los pecados del hombre son «compensados» por el sacrificio del Hombre-Dios. Sin embargo, tal justicia, que es propiamente justicia «a medida» de Dios, nace toda ella del amor: del amor del Padre y del Hijo, y fructifica toda ella en el amor. Precisamente por esto la justicia divina, revelada en la cruz de Cristo, es «a medida» de Dios, porque nace del amor y se completa en el amor, generando frutos de salvación. *La dimensión divina de la redención* no se actúa solamente haciendo justicia del pecado, sino restituyendo al amor su fuerza creadora en el interior del hombre, gracias a la cual él tiene acceso de nuevo a la plenitud de vida y de santidad, que viene de Dios. De este modo, la redención comporta la revelación de la misericordia en su plenitud.

El misterio pascual es el culmen de esta revelación y actuación de la misericordia, que es capaz de justificar al hombre, de restablecer la justicia en el sentido del orden salvífico querido por Dios desde el principio para el hombre y, mediante el hombre, en el mundo. Cristo que sufre, habla sobre todo al hombre, y no solamente al creyente. También el hombre no creyente podrá descubrir en Él la elocuencia de la solidaridad con la suerte humana, como también la armoniosa plenitud de una dedicación desinteresada a la causa del hombre, a la verdad y al amor. La dimensión divina del misterio pascual llega sin embargo a mayor profundidad aún. *La cruz* colocada sobre el Calvario, donde Cristo tiene su último diálogo con el Padre, *emerge del núcleo mismo de aquel amor*, del que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, ha sido gratificado según el eterno

74. Is. 53, 5.

75. 2 Cor. 5, 21.

76. Ib.

designio divino. Dios, tal como Cristo ha revelado, no permanece solamente en estrecha vinculación con el mundo, en cuanto Creador y fuente última de la existencia. El es además Padre: con el hombre, llamado por El a la existencia en el mundo visible, está unido por un vínculo más profundo aún que el de Creador. Es el amor, que no sólo crea el bien, sino que hace participar en la vida misma de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En efecto, el que ama desea darse a sí mismo.

La Cruz de Cristo sobre el Calvario surge *en el camino* de aquel *admirabile commercium*, de aquel *admirable comunicarse de Dios al hombre* en el que está contenida a su vez *la llamada* dirigida al hombre, a fin de que, donándose a sí mismo a Dios y donando consigo mismo todo el mundo visible, participe en la vida divina, y para que como hijo adoptivo se haga partícipe de la verdad y del amor que está en Dios y proviene de Dios. Justamente en el camino de la elección eterna del hombre a la dignidad de hijo adoptivo de Dios, se alza en la historia la Cruz de Cristo, Hijo unigénito que, en cuanto «luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero»⁷⁷, ha venido para dar el testimonio último de la admirable *alianza de Dios con la humanidad, de Dios con el hombre*, con todo hombre. Esta alianza tan antigua como el hombre —se remonta al misterio mismo de la creación— restablecida posteriormente en varias ocasiones con un único pueblo elegido, es asimismo la alianza nueva y definitiva, establecida allí, en el Calvario, y no limitada ya a un único pueblo, a Israel, sino abierta a todos y cada uno.

¿Qué nos está diciendo, pues, la cruz de Cristo, que es en cierto sentido la última palabra de su mensaje y de su misión mesiánica? Y sin embargo ésta no es aún la última palabra del Dios de la alianza: esa palabra será pronunciada en aquella alborada, cuando las mujeres primero y los Apóstoles después, venidos al sepulcro de Cristo crucificado, verán la tumba vacía y proclamarán por vez primera: «Ha resucitado». Ellos lo repetirán a los otros y serán testigos de Cristo resucitado. No obstante, también en esta glorificación del hijo de Dios sigue estando presente la cruz, la cual —a través de todo el testimonio mesiánico del hombre-Hijo— que sufrió en ella la muerte, *habla y no cesa nunca de decir que Dios-Padre, que es absolutamente fiel a su eterno amor por el hombre*, ya que «tanto amó al mundo— que le dio a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no muera, sino que tenga la vida eterna»⁷⁸. Creer en el Hijo crucificado significa «ver al Padre»⁷⁹, significa creer que el amor está presente en el mundo y que este amor es más fuerte que toda clase de mal, en que el hombre, la humanidad, el mundo están metidos. Creer en ese amor significa *creer en la misericordia*. En efecto, es ésta la dimensión

77. Credo nicenoconstantinopolitano.

78. Jn. 3, 16.

79. Cfr. Jn. 14, 9.

indispensable del amor, es como un segundo nombre y a la vez el modo específico de su revelación y actuación respecto a la realidad del mal presente en el mundo que afecta al hombre y lo asedia, que se insinúa asimismo en su corazón y puede hacerle «perecer en la gehenna»⁸⁰.

8. AMOR MÁS FUERTE QUE LA MUERTE, MÁS FUERTE QUE EL PECADO

La cruz de Cristo en el Calvario es asimismo testimonio de la fuerza del mal contra el mismo Hijo de Dios, contra aquél que, único entre los hijos de los hombres, era por su naturaleza absolutamente inocente y libre de pecado, y cuya venida al mundo estuvo exenta de la desobediencia de Adán y de la herencia del pecado original. Y he ahí que, precisamente en El, en Cristo, se hace justicia del pecado a precio de su sacrificio, de su obediencia «hasta la muerte»⁸¹. Al que estaba sin pecado, «Dios lo hizo pecado en favor nuestro»⁸². Se hace también justicia de la muerte que, desde los comienzos de la historia del hombre, se había aliado con el pecado. Este hacer justicia de la muerte se lleva a cabo bajo el precio de la muerte del que estaba sin pecado y del único que podía —mediante la propia muerte— infligir la muerte a la misma muerte⁸³. De este modo *la cruz de Cristo*, sobre la cual el Hijo, consubstancial al Padre, *hace plena justicia a Dios*, es también *una revelación radical de la misericordia*, es decir, del amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz misma del mal en la historia del hombre: al encuentro del pecado y de la muerte.

La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre —de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos— llama su infeliz destino. La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre, es el cumplimiento, hasta el final, del programa mesiánico que Cristo formuló una vez en la sinagoga de Nazaret⁸⁴ y repitió más tarde ante los enviados de Juan Bautista⁸⁵. Según las palabras ya escritas en la profecía de Isaías⁸⁶, tal programa consistía en la revelación del amor misericordioso a los pobres, los que sufren, los prisioneros, los ciegos, los oprimidos y los pecadores. En el misterio pascual es superado el límite del mal múltiple, del que se hace partícipe el hombre en su existencia terrena:

80. Mt. 10, 28.

81. Flp. 2, 8.

82. 2 Cor. 5, 21.

83. Cfr. 1 Cor. 15, 54 s.

84. Cfr. Lc. 4, 18-21.

85. Cfr. Lc. 7, 20-23.

86. Cfr. Is 35, 5; 61, 1-3.

la cruz de Cristo, en efecto, nos hace comprender las raíces más profundas del mal que abundan en el pecado y en la muerte; y así la cruz se convierte en un signo escatológico. Solamente en el cumplimiento escatológico y en la renovación definitiva del mundo, *el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal*, dando como fruto plenamente maduro el reino de la vida, de la santidad y de la inmortalidad gloriosa. El fundamento de tal cumplimiento escatológico está encerrado ya en la cruz de Cristo y en su muerte. El hecho de que Cristo «ha resucitado al tercer día»⁸⁷ constituye el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la entera revelación del amor misericordioso en el mundo sujeto al mal. Esto constituye a la vez el signo que preanuncia «un cielo nuevo y una tierra nueva»⁸⁸, cuando Dios «enjugará las lágrimas de nuestros ojos; no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni afán, porque las cosas de antes han pasado»⁸⁹.

En el cumplimiento escatológico, la misericordia se revelará como amor, mientras que en la temporalidad, en la historia del hombre —que es a la vez historia de pecado y de muerte— el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto tal. El programa mesiánico de Cristo —programa de misericordia—, se convierte en el programa de su pueblo, el de su Iglesia. Al centro del mismo está siempre la cruz, ya que en ella la revelación del amor misericordioso alcanza su punto culminante. Mientras «las cosas de antes no hayan pasado»⁹⁰, la cruz permanecerá como ese «lugar», al que aún podrían referirse otras palabras del Apocalipsis de Juan: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo»⁹¹. De manera particular Dios revela asimismo su misericordia, cuando invita al hombre a la «misericordia» hacia su Hijo, hacia el Crucificado.

Cristo, en cuanto crucificado, es el Verbo que no pasa⁹²; es el que está a la puerta y llama al corazón de todo hombre⁹³, sin coartar su libertad, tratando de sacar de esa misma libertad el amor que es no solamente un acto de solidaridad con el Hijo del Hombre que sufre, sino también, en cierto modo, «misericordia» manifestada por cada uno de nosotros al Hijo del Padre eterno. En este programa mesiánico de Cristo, en toda la revelación de la misericordia mediante la cruz, ¿cabe quizá la posibilidad de que sea mayormente respetada y elevada la dignidad del hom-

87. 1 Cor. 15, 4.

88. Ap. 21, 1.

89. Ap. 21, 4.

90. Cfr. ib.

91. Ap. 3, 20.

92. Cfr. Mt. 24, 35.

93. Cfr. Ap. 3, 20.

bre, dado que él, experimentando la misericordia, es también en cierto sentido el que «manifiesta contemporáneamente la misericordia»?

En definitiva, ¿no toma quizá Cristo tal posición respecto al hombre, cuando dice: «cada vez que habéis hecho estas cosas a uno de éstos..., lo habéis hecho a mí»?⁹⁴. Las palabras del sermón de la montaña: «Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia»⁹⁵, ¿no constituyen en cierto sentido una síntesis de toda la Buena Nueva, de todo el «cambio admirable» (*admirabile commercium*) en ella encerrado, que es una ley sencilla, fuerte y «dulce» a la vez de la misma economía de la salvación? Estas palabras del sermón de la montaña, al hacer ver las posibilidades del «corazón humano» en su punto de partida («ser misericordiosos»), ¿no revelan quizá, dentro de la misma perspectiva, el misterio profundo de Dios: la inescrutable unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la que el amor, conteniendo la justicia, abre el camino a la misericordia, que a su vez revela la perfección de la justicia?

El misterio pascual es Cristo en el culmen de la revelación del inescrutable misterio de Dios. Precisamente entonces se cumplen hasta lo último las palabras pronunciadas en el Cenáculo: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre»⁹⁶. Efectivamente, Cristo, a quien el Padre «no perdonó»⁹⁷ en bien del hombre y que en su pasión así como en el suplicio de la cruz no encontró misericordia humana, en su resurrección ha revelado la plenitud del amor que el Padre nutre por El y, en El, por todos los hombres. «No es un Dios de muertos, sino de vivos»⁹⁸. En su resurrección Cristo *ha revelado al Dios de amor misericordioso*, precisamente porque *ha aceptado la cruz como vía hacia la resurrección*. Por esto —cuando recordamos la cruz de Cristo, su pasión y su muerte— nuestra fe y nuestra esperanza se centran en el Resucitado: en Cristo que «la tarde de aquel mismo día, el primero después del sábado... se presentó en medio de ellos» en el Cenáculo, «donde estaban los discípulos..., alentó sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados y a quienes los retengáis les serán retenidos»⁹⁹.

Este es el Hijo de Dios que en su resurrección ha experimentado de manera radical en sí mismo la misericordia, es decir, el amor del Padre que es *más fuerte que la muerte*. Y es también el mismo Cristo, Hijo de Dios, quien al término —y en cierto sentido, más allá del término— de su misión mesiánica, se revela a sí mismo como fuente inagotable de la misericordia, del mismo amor que, en la perspectiva ulterior de la his-

94. Mt. 25, 40.

95. Mt. 5, 7.

96. Jn. 14, 9.

97. Rom. 8, 32.

98. Mc. 12, 27.

99. Jn. 20, 19-23.

toria de la salvación en la Iglesia, debe confirmarse perennemente *más fuerte que el pecado*. El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente: histórico-salvífico y a la vez escatológico. En el mismo espíritu, la liturgia del tiempo pascual pone en nuestros labios las palabras del salmo: «Cantaré eternamente las misericordias del Señor»¹⁰⁰.

9. LA MADRE DE LA MISERICORDIA

En estas palabras pascales de la Iglesia resuenan en la plenitud de su contenido profético las ya pronunciadas por María durante la visita hecha a Isabel, mujer de Zacarías: «Su misericordia de generación en generación»¹⁰¹. Ellas, ya desde el momento de la encarnación, abren una nueva perspectiva en la historia de la salvación. Después de la resurrección de Cristo, esta perspectiva se hace nueva en el aspecto histórico y, a la vez, lo es en sentido escatológico. Desde entonces se van sucediendo siempre nuevas generaciones de hombres dentro de la inmensa familia humana, en dimensiones crecientes; se van sucediendo además nuevas generaciones del Pueblo de Dios, marcadas por el estigma de la cruz y de la resurrección, «selladas»¹⁰² a su vez con el signo del misterio pascual de Cristo, revelación absoluta de la misericordia proclamada por María en el umbral de la casa de su pariente: «su misericordia de generación en generación»¹⁰³.

Además, María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado —como nadie— la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Tal sacrificio está estrechamente vinculado con la cruz de su Hijo, a cuyos pies ella se encontraría en el Calvario. Este sacrificio suyo es una participación singular en la revelación de la misericordia, es decir, en la absoluta fidelidad de Dios al propio amor, a la alianza querida por El desde la eternidad y concluida en el tiempo con el hombre, con el pueblo, con la humanidad; es la participación en la revelación definitivamente cumplida a través de la cruz. *Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado* el misterio de la cruz, el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el «beso» dado por la misericordia a la justicia¹⁰⁴. Nadie como ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario me-

100. Cfr. Sal. 89 (88), 2.

101. Lc. 1, 50.

102. Cfr. 2 Cor. 1, 21 s.

103. Lc. 1, 50.

104. Cfr. Sal. 85 (84), 11.

dian­te la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de ma­dre, junto con su «fiat» definitivo.

María, pues, es la que *conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina*. Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido la llama­mos también *Madre de la misericordia*: Virgen de la misericordia o Ma­dre de la divina misericordia; en cada uno de estos títulos se encierra un profundo significado teológico, porque expresan la preparación particular de su alma, de toda su personalidad, sabiendo ver primeramente a través de los complicados acontecimientos de Israel, y de todo hombre y de la humanidad entera después, aquella misericordia de la que «por todas las generaciones»¹⁰⁵ nos hacemos partícipes según el eterno designio de la Santísima Trinidad.

Los susodichos títulos que atribuimos a la Madre de Dios nos hablan no obstante de ella, por encima de todo, como Madre del Crucificado y Resucitado; como de *aquella que, habiendo experimentado la misericordia de modo excepcional «merece» de igual manera tal misericordia* a lo largo de toda su vida terrena, en particular a los pies de la cruz de su Hijo; finalmente, como de aquella que a través de la participación escondida y, al mismo tiempo, incomparable en la misión mesiánica de su Hijo ha sido llamada singularmente a acercar los hombres al amor que El había venido a revelar: amor que halla su expresión más concreta en aque­llos que sufren, en los pobres, los prisioneros, los que no ven, los oprimidos y los pecadores, tal como habló de ellos Cristo, siguiendo la profecía de Isaías, primero en la sinagoga de Nazaret¹⁰⁶ y más tarde en respuesta a la pregunta hecha por los enviados de Juan Bautista¹⁰⁷.

Precisamente, en este amor «misericordioso», manifestado ante todo en contacto con el mal moral y físico, participaba de manera singular y excepcional el corazón de la que fue Madre del Crucificado y del Resucitado —participaba María—. En ella y por ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el acto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre. Es éste uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la encarnación.

«Esta maternidad de María en la economía de la gracia —tal como se expresa el Concilio Vaticano II— perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los

105. Lc. 1, 50.

106. Cfr. Lc. 4, 18.

107. Cfr. Lc. 7, 22.

elegidos. Pues asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida a los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada»¹⁰⁸.

VI

«MISERICORDIA... DE GENERACION EN GENERACION»

10. IMAGEN DE NUESTRA GENERACIÓN

Tenemos pleno derecho a creer que también nuestra generación está comprendida en las palabras de Madre de Dios, cuando glorificaba la misericordia, de la que «de generación en generación» son partícipes cuantos se dejan guiar por el temor de Dios. Las palabras del *Magnificat* mariano tienen un contenido profético, que afecta no sólo al pasado de Israel, sino también al futuro del Pueblo de Dios sobre la tierra. *Somos* en efecto todos nosotros, los que vivimos hoy en la tierra, *la generación* que es consciente del aproximarse del tercer milenio y que *siente* profundamente *el cambio* que se está verificando en la historia.

La presente generación se siente privilegiada porque el progreso le ofrece tantas posibilidades insospechadas hace solamente unos decenios. La actividad creadora del hombre, su inteligencia y su trabajo, han provocado cambios profundos, tanto en el dominio de la ciencia y de la técnica como en la vida social y cultural. El hombre ha extendido su poder sobre la naturaleza; ha adquirido un conocimiento más profundo de las leyes de su comportamiento social. Ha visto derrumbarse o atenuarse los obstáculos y distancias que separan hombres y naciones por un sentido acrecentado de lo universal, por una conciencia más clara de la unidad del género humano, por la aceptación de la dependencia recíproca dentro de una solidaridad auténtica, finalmente por el deseo —y la posibilidad— de entrar en contacto con sus hermanos y hermanas por encima de las divisiones artificiales de la geografía o las fronteras nacionales o raciales. Los jóvenes de hoy día, sobre todo, saben que los progresos de la ciencia y de la técnica son capaces de aportar no sólo nuevos bienes materiales, sino también una participación más amplia a su conocimiento.

El desarrollo de la informática, por ejemplo, multiplicará la capacidad creadora del hombre y le permitirá el acceso a las riquezas intelectuales y culturales de otros pueblos. Las nuevas técnicas de la comunicación favorecerán una mayor participación en los acontecimientos y un inter-

108. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 62: AAS 57 (1965), p. 63.

cambio creciente de las ideas. Las adquisiciones de la ciencia biológica, psicológica o social ayudarán al hombre a penetrar mejor en la riqueza de su propio ser. Y si es verdad que ese progreso sigue siendo todavía muy a menudo el privilegio de los países industrializados, no se puede negar que la perspectiva de hacer beneficiarios a todos los pueblos y a todos los países no es ya una simple utopía, dado que existe una real voluntad política a este respecto.

Pero al lado de todo esto —o más bien *en* todo esto— existen al mismo tiempo dificultades que se manifiestan en todo crecimiento. Existen inquietudes e imposibilidades que atañen a la respuesta profunda que el hombre sabe que debe dar. El panorama del mundo contemporáneo presenta también sombras y desequilibrios no siempre superficiales. La Constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II no es ciertamente el único documento que trata de la vida de la generación contemporánea, pero es un documento de particular importancia. «En verdad, los desequilibrios que sufre el mundo moderno —leemos en ella— están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente sin embargo ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad»¹⁰⁹.

Hacia el final de la exposición introductoria de la misma, leemos: «...ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, *subsisten todavía?* ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio?»¹¹⁰.

En el marco de estos quince años, a partir de la conclusión del Concilio Vaticano II, ¿se ha hecho quizá menos inquietante aquel cuadro de tensiones y de amenazas propias de nuestra época? Parece que no. Al contrario, las tensiones y amenazas que en el documento conciliar parecían solamente delinarse y no manifestar hasta el fondo todo el peligro que escondían dentro de sí, en el espacio de estos años se han ido revelando mayormente, han confirmado aquel peligro y no permiten nutrir las ilusiones de un tiempo.

109. Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 10: AAS 58 (1966), p. 1032.

110. *Ib.*

11. FUENTES DE INQUIETUD

De ahí que aumente en nuestro mundo la sensación de amenaza. Aumenta el temor existencial ligado sobre todo —como ya insinué en la Encíclica *Redemptor Hominis*— a la perspectiva de un conflicto que, teniendo en cuenta los actuales arsenales atómicos, podría significar la auto-destrucción parcial de la humanidad. Sin embargo, la amenaza no concierne únicamente a lo que los hombres pueden hacer a los hombres, valiéndose de los medios de la técnica militar; afecta también a otros muchos peligros, que son el producto de una civilización materialística, la cual —no obstante declaraciones «humanísticas»— acepta la primacía de las cosas sobre la persona. El hombre contemporáneo tiene, pues, miedo de que con el uso de los medios inventados por este tipo de civilización, *cada individuo*, lo mismo que los ambientes, las comunidades, las sociedades, las naciones, *pueda ser víctima del atropello de otros* individuos, ambientes, sociedades. La historia de nuestro siglo ofrece abundantes ejemplos. A pesar de todas las declaraciones sobre los derechos del hombre en su dimensión integral, esto es, en su existencial corporal y espiritual, no podemos decir que estos ejemplos sean solamente cosa del pasado.

El hombre tiene precisamente miedo de ser víctima de una opresión que lo prive de la libertad interior, de la posibilidad de manifestar exteriormente la verdad de la que está convencido, de la fe que profesa, de la facultad de obedecer a la voz de la conciencia que le indica la recta vía a seguir. Los medios técnicos a disposición de la civilización actual, ocultan, en efecto, no sólo la posibilidad de una auto-destrucción por vía de un conflicto militar, sino también la *posibilidad de una subyugación «pacífica» de los individuos, de los ambientes de vida*, de sociedades enteras y de naciones, que por cualquier motivo pueden resultar incómodos a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos. Se piense también en la tortura, todavía existente en el mundo, ejercida sistemáticamente por la autoridad como instrumento de dominio y de atropello político, y practicada impunemente por los subalternos.

Así pues, junto a la conciencia de la amenaza biológica, crece la conciencia de otra amenaza, que destruye aún más lo que es esencialmente humano, lo que está en conexión íntima con la dignidad de la persona, son su derecho a la verdad y a la libertad.

Todo esto se desarrolla *sobre el fondo de un gigantesco remordimiento* constituido por el hecho de que, al lado de los hombres y de las sociedades bien acomodadas y saciadas, que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, no faltan dentro de la misma familia humana individuos ni grupos sociales *que sufren el hambre*. No faltan niños que mueren de hambre a la vista de sus madres. No faltan en diversas partes

del mundo, en diversos sistemas socioeconómicos, áreas enteras de miseria, de deficiencia y de subdesarrollo. Este hecho es universalmente conocido. *El estado de desigualdad* entre hombres y pueblos no sólo perdura, sino que va en aumento. Sucede todavía que, al lado de los que viven acomodados y en la abundancia, existen otros que viven en la indigencia, sufren la miseria y con frecuencia mueren incluso de hambre; y su número alcanza decenas y centenares de millones. Por esto, la inquietud moral está destinada a hacerse más profunda. Evidentemente, un defecto fundamental o más bien un conjunto de defectos, más aún, un mecanismo defectuoso está en la base de la economía contemporánea y de la civilización materialista, que no permite a la familia humana alejarse, yo diría, de situaciones tan radicalmente injustas.

Esta imagen del mundo de hoy, donde existe tanto mal físico y moral como para hacer de él un mundo enredado en contradicciones y tensiones, y, al mismo tiempo, lleno de amenazas dirigidas contra la libertad humanas, la conciencia y la religión, explica la inquietud a la que está sujeto el hombre contemporáneo. Tal inquietud es experimentada no sólo por quienes son marginados u oprimidos, sino también por quienes disfrutan de los privilegios de la riqueza, del progreso, del poder. Y, si bien no faltan tampoco quienes buscan poner al descubierto las causas de tales inquietudes o reaccionar con medios inmediatos puestos a su alcance por la técnica, la riqueza o el poder, sin embargo en lo más profundo del ánimo humano *esa inquietud supera todos los medios provisionales*. Afecta —como han puesto justamente de relieve los análisis del Concilio Vaticano II— los problemas fundamentales de toda la existencia humana. Esta inquietud está vinculada con el sentido mismo de la existencia del hombre en el mundo; es inquietud para el futuro del hombre y de toda la humanidad, y exige resoluciones decisivas que ya parecen imponerse al género humano.

12. ¿BASTA LA JUSTICIA?

No es difícil constatar que *el sentido de la justicia* se ha despertado a gran escala en el mundo contemporáneo; sin duda, ello pone mayormente de relieve lo que está en contraste con la justicia tanto en las relaciones entre los hombres, los grupos sociales o las «clases», como entre cada uno de los pueblos y estados, y entre los sistemas políticos, más aún, entre los diversos mundos. Esta corriente profunda y multiforme, en cuya base la conciencia humana contemporánea ha situado la justicia, atestigua el carácter ético de las tensiones y de las luchas que invaden el mundo.

La Iglesia comparte con los hombres de nuestro tiempo este profundo y ardiente deseo de una vida justa bajo todos los aspectos y no se abstiene ni siquiera de someter a reflexión los diversos aspectos de la justicia, tal

como exige la vida de los hombres y de las sociedades. Prueba de ello es el campo de la doctrina social católica ampliamente desarrollada en el arco del último siglo. Siguiendo las huellas de tal enseñanza procede la educación y la formación de las conciencias humanas en el espíritu de la justicia, lo mismo que las iniciativas concretas, sobre todo en el ámbito del apostolado de los seglares, que se van desarrollando en tal sentido.

No obstante, sería difícil no darse uno cuenta de que no raras veces *los programas que parten de la idea de justicia* y que deben servir a ponerla en práctica en la convivencia de los hombres, de los grupos y de las sociedades humanas, *en la práctica sufren deformaciones*. Por más que sucesivamente recurran a la misma idea de justicia, sin embargo la experiencia demuestra que otras fuerzas negativas, como son el rencor, el odio e incluso la crueldad han tomado la delantera a la justicia. En tal caso el ansia de aniquilar al enemigo, de limitar su libertad y hasta de imponerle una dependencia total, se convierte en el motivo fundamental de la acción; esto contrasta con la esencia de la justicia, la cual tiende por naturaleza a establecer la igualdad y la equiparación entre las partes en conflicto. Esta especie de abuso de la idea de justicia y la alteración práctica de ella atestiguan hasta qué punto la acción humana puede *alejarse* de la misma *justicia*, por más que se haya emprendido en su nombre. No en vano Cristo contestaba a sus oyentes, fieles a la doctrina del Antiguo Testamento, la actitud que ponían de manifiesto las palabras: «Ojo por ojo y diente por diente»¹¹¹. Tal era la forma de alteración de la justicia en aquellos tiempos; las formas de hoy día siguen teniendo en ella su modelo. En efecto, es obvio que, en nombre de una presunta justicia (histórica o de clase, por ejemplo), tal vez se aniquila al prójimo, se le mata, se le priva de la libertad, se le despoja de los elementales derechos humanos. La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite *a esa forma más profunda que es el amor* plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones. Ha sido ni más ni menos la experiencia histórica la que entre otras cosas ha llevado a formular esta aserción: *summum ius, summa iniuria*. Tal afirmación no disminuye el valor de la justicia ni atenúa el significado del orden instaurado sobre ella; indica solamente, en otro aspecto, la necesidad de recurrir a las fuerzas del espíritu, más profundas aún, que condicionan el orden mismo de la justicia.

Teniendo a la vista la imagen de la generación a la que pertenecemos, *la Iglesia comparte la inquietud de tantos hombres contemporáneos*. Por otra parte, debemos preocuparnos también por *el ocaso* de tantos valores fundamentales que constituyen un bien indiscutible no sólo de la moral

111. Mt. 5, 38.

cristiana, sino simplemente *de la moral humana*, de la *cultura moral*, como el respeto a la vida humana desde el momento de la concepción, el respeto al matrimonio en su unidad indisoluble, el respeto a la estabilidad de la familia. El permisivismo moral afecta sobre todo a este ámbito más sensible de la vida y de la convivencia humana. A él van unidas la crisis de la verdad en las relaciones interhumanas, la falta de responsabilidad al hablar, la relación meramente utilitaria del hombre con el hombre, la disminución del sentido del auténtico bien común y la facilidad con que éste es enajenado. Finalmente, existe la desacralización que a veces se transforma en «deshumanización»: el hombre y la sociedad para quienes nada es «sacro» van decayendo moralmente, a pesar de las apariencias.

VII

LA MISERICORDIA DE DIOS EN LA MISION DE LA IGLESIA

En relación con esta imagen de nuestra generación, que no deja de suscitar una profunda inquietud, vienen a la mente las palabras que, con motivo de la encarnación del Hijo de Dios, resonaron en el *Magnificat* de María y que cantan la «misericordia... de generación en generación». Conservando siempre en el corazón la elocuencia de estas palabras inspiradas y aplicándolas a las experiencias y sufrimientos propios de la gran familia humana, es menester que la Iglesia de nuestro tiempo adquiera conciencia más honda y concreta de la necesidad de *dar testimonio de la misericordia de Dios* en toda su misión, siguiendo las huellas de la tradición de la Antigua y Nueva Alianza, en primer lugar del mismo Cristo y de sus Apóstoles. La Iglesia debe dar testimonio de la misericordia de Dios revelada en Cristo, en toda su misión de Mesías, *profesándola* principalmente como verdad salvífica de fe necesaria para una vida coherente con la misma fe, *tratando después de introducirla y encarnarla en la vida* bien sea de sus fieles, bien sea —en cuanto posible— en la de todos los hombres de buena voluntad. Finalmente, la Iglesia —profesando la misericordia y permaneciendo siempre fiel a ella— tiene el derecho y el deber de recurrir a la misericordia de Dios, *implorándola* frente a todos los fenómenos del mal físico y moral, ante todas las amenazas que pesan sobre el entero horizonte de la vida de la humanidad contemporánea.

13. LA IGLESIA PROFESA LA MISERICORDIA DE DIOS Y LA PROCLAMA

La Iglesia debe *profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad*, cual nos ha sido transmitida por la revelación. En las páginas

precedentes de este documento hemos tratado de delinear al menos el perfil de esta verdad que encuentra tan rica expresión en toda la Sagrada Escritura y en la Tradición. En la vida cotidiana de la Iglesia la verdad acerca de la misericordia de Dios, expresada en la Biblia, resuena cual eco perenne a través de numerosas lecturas de la Sagrada Liturgia. La percibe el auténtico sentido de la fe del Pueblo de Dios, como atestiguan varias expresiones de la piedad personal y comunitaria. Sería ciertamente difícil enumerarlas y resumirlas todas, ya que la mayor parte de ellas están vivamente inscritas en lo íntimo de los corazones y de las conciencias humanas. Si algunos teólogos afirman que la misericordia es el más grande entre los atributos y las perfecciones de Dios, la Biblia, la Tradición y toda la vida de fe del Pueblo de Dios dan testimonios exhaustivos de ello. No se trata aquí de la perfección de la inescrutable esencia de Dios dentro del misterio de la misma divinidad, sino de la perfección y del atributo con que el hombre, en la verdad íntima de su existencia, se encuentra particularmente cerca y no raras veces con el Dios vivo. Conforme a las palabras dirigidas por Cristo a Felipe¹¹², «la visión del Padre» —visión de Dios mediante la fe— halla precisamente en el encuentro con su misericordia un momento singular de sencillez interior y de verdad, semejante a la que encontramos en la parábola del hijo pródigo.

«Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre»¹¹³. La Iglesia profesa la misericordia de Dios, la Iglesia vive de ella en su amplia experiencia de fe y también en sus enseñanzas, contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en El, en su vida y en su evangelio, en su cruz y en su resurrección, en su misterio entero. Todo esto que forma la «visión» de Cristo en la fe viva y en la enseñanza de la Iglesia nos acerca a la «visión del Padre» en la santidad de su misericordia. La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al corazón de Cristo. En efecto, precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón, nos permite detenernos en este punto —en un cierto sentido y al mismo tiempo accesible en el plano humano— de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre.

La Iglesia vive una vida auténtica, cuando *profesa y proclama la misericordia* —el atributo más estupendo del Creador y del Redentor— y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. En este ámbito tiene un gran significado la meditación constante de la palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura *en la Eucaristía y en el sacramento de la penitencia o reconciliación*. La Eucaristía nos acerca siempre

112. Cfr. Jn. 14, 9 s.

113. Ib.

a aquel *amor* que es más fuerte que la muerte: en efecto, «cada vez que comemos de este pan o bebemos de este cáliz», no sólo anunciamos la muerte del Redentor, sino que además proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida en la gloria¹¹⁴. El mismo rito eucarístico, celebrado en memoria de quien en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre, por medio de la palabra y de la cruz, atestigua el *amor inagotable*, en virtud del cual desea siempre El unirse e identificarse con nosotros, saliendo al encuentro de todos los corazones humanos. Es el sacramento de la penitencia o reconciliación el que allana el camino a cada uno, incluso cuando se siente bajo el peso de grandes culpas. En este sacramento cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado. Se ha hablado ya de ello en la encíclica *Redemptor Hominis*; convendrá, sin embargo, volver una vez más sobre este tema fundamental.

Precisamente porque existe el pecado en el mundo, al que «Dios amó tanto... que le dio su Hijo unigénito»¹¹⁵, Dios que «es amor»¹¹⁶ *no puede revelarse de otro modo* si no es como misericordia. Esta corresponde no sólo con la verdad más profunda de ese amor que es Dios, sino también con la verdad interior del hombre y del mundo que es su patria temporal.

La misericordia en sí misma, en cuanto perfección de Dios infinito es también infinita. Infinita pues e inagotable es la prontitud del Padre en acoger a los hijos pródigos que vuelven a casa. *Son infinitas la prontitud y la fuerza del perdón* que brotan continuamente del valor admirable del sacrificio de su Hijo. No hay pecado humano que prevalezca por encima de esta fuerza y ni siquiera que la limite. Por parte del hombre puede limitarla únicamente la falta de buena voluntad, la falta de prontitud en la conversión y en la penitencia, es decir, su perdurar en la obstinación, oponiéndose a la gracia y a la verdad especialmente frente al testimonio de la cruz y de la resurrección de Cristo.

Por tanto, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios consiste siempre en *descubrir su misericordia*, es decir, ese amor que es paciente y benigno¹¹⁷ a medida del Creador y Padre: el amor, al que «Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo»¹¹⁸ es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y la resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del «reencuentro» de este Padre, rico en misericordia.

El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente

114. Cfr. 1 Cor. 11, 26; aclamación en el «Misal Romano».

115. Jn 3, 16.

116. 1 Jn. 4, 8.

117. Cfr. 1 Cor. 13, 4.

118. 2 Cor. 1, 3.

como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo «ven» así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a El. Viven pues *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*. Es evidente que la Iglesia profesa la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, no sólo con la palabra de sus enseñanzas, sino, por encima de todo con la más profunda pulsación de la vida de todo el Pueblo de Dios. Mediante este testimonio de vida, la Iglesia cumple la propia misión del Pueblo de Dios, misión que es participación y, en cierto sentido, continuación de la misión mesiánica del mismo Cristo.

La Iglesia contemporánea es altamente consciente de que únicamente sobre la base de la misericordia de Dios podrá hacer realidad los cometidos que brotan de la doctrina del Concilio Vaticano II, en primer lugar el cometido ecuménico que tiende a unir a todos los que confiesan a Cristo. Iniciando múltiples esfuerzos en tal dirección, la Iglesia confiesa con humildad que sólo ese *amor*, más fuerte que la debilidad de las divisiones humanas, *puede realizar definitivamente* la unidad por la que oraba Cristo al Padre y que el Espíritu no cesa de pedir para nosotros «con gemidos inenarrables»¹¹⁹.

14. LA IGLESIA TRATA DE PRACTICAR LA MISERICORDIA

Jesucristo ha enseñado que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a «usar misericordia» con los demás: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»¹²⁰. La Iglesia ve en estas palabras una llamada a la acción y se esfuerza por practicar la misericordia. Si todas las bienaventuranzas del sermón de la montaña indican el camino de la conversión y del cambio de vida, la que se refiere a los misericordiosos es a este respecto particularmente elocuente. El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios, su misericordia, en cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo.

Este proceso auténticamente evangélico no es sólo una transformación espiritual realizada de una vez para siempre, sino que constituye todo un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana. Consiste en el descubrimiento constante y en la actuación perseverante del *amor en cuanto fuerza unificante y a la vez elevante*: —a pesar de todas las dificultades de naturaleza psicológica o social— se trata, en

119. Rom. 8, 26.

120. Mt. 5, 7.

efecto, de un *amor misericordioso* que por su esencia es amor creador. El amor misericordioso, en las relaciones recíprocas entre los hombres, no es nunca un acto o un proceso unilateral. Incluso en los casos en que todo parecería indicar que sólo una parte es la que da y ofrece, mientras la otra sólo recibe y toma (por ejemplo, en el caso del médico que cura, del maestro que enseña, de los padres que mantienen y educan a los hijos, del benefactor que ayuda a los menesterosos), sin embargo en realidad, también aquel que da, queda siempre beneficiado. En todo caso, también éste puede encontrarse fácilmente en la posición del que recibe, obtiene un beneficio, prueba el amor misericordioso, o se encuentra en estado de ser objeto de misericordia.

Cristo crucificado, en este sentido, es para nosotros el modelo, la inspiración y el impulso más grande. Basándonos en este *desconcertante modelo*, podemos con toda humildad manifestar misericordia a los demás, sabiendo que la recibe como demostrada a sí mismo¹²¹. Sobre la base de este modelo, debemos purificar también continuamente todas nuestras acciones y todas nuestras intenciones, allí donde la misericordia es entendida y practicada de manera unilateral, como bien hecho a los demás. Sólo entonces, en efecto, es realmente un acto de amor misericordioso: cuando, practicándola, nos convencemos profundamente de que al mismo tiempo la experimentamos por parte de quienes la aceptan de nosotros. Si falta esta bilateralidad, esta reciprocidad, entonces nuestras acciones no son aún auténticos actos de misericordia, ni se ha cumplido plenamente en nosotros la conversión, cuyo camino nos ha sido manifestado por Cristo con la palabra y con el ejemplo hasta la cruz, ni tampoco participamos completamente *en la magnífica fuente del amor misericordioso* que nos ha sido revelada por El.

Así pues, el camino que Cristo nos ha manifestado en el sermón de la montaña con la bienaventuranza de los misericordiosos, es mucho más rico de lo que podemos observar a veces en los comunes juicios humanos sobre el tema de la misericordia. Tales juicios consideran la misericordia como un acto o proceso unilateral que presupone y mantiene las distancias entre el que usa misericordia y el que es gratificado, entre el que hace el bien y el que lo recibe. Deriva de ahí la pretensión de liberar de la misericordia las relaciones interhumanas y sociales, y basarlas únicamente en la justicia. No obstante, tales juicios acerca de la misericordia no descubren la vinculación fundamental entre la misericordia y la justicia, de que habla toda tradición bíblica, y en particular la misión mesiánica de Jesucristo. *La auténtica misericordia es por decirlo así la fuente más profunda de la justicia*. Si esta última es de sí apta para servir de «árbitro» entre los hombres en la recíproca repartición de los bienes obje-

121. Cfr. Mt. 25, 34-40.

tivos según una medida adecuada, el amor en cambio, y solamente el amor (también ese amor benigno que llamamos «misericordia») es capaz de restituir el hombre a sí mismo.

La *misericordia* auténticamente cristiana es también, en cierto sentido, la *más perfecta encarnación* de la «igualdad» entre los hombres y por consiguiente también la encarnación más perfecta de la *justicia*, en cuanto también ésta, dentro de su ámbito, mira al mismo resultado. La igualdad introducida mediante la justicia se limita, sin embargo, al ámbito de los bienes objetivos y extrínsecos, mientras el amor y la misericordia logran que los hombres se encuentren entre sí en ese valor que es el mismo hombre con la dignidad que le es propia. Al mismo tiempo, la «igualdad» de los hombres mediante el amor «paciente y benigno»¹²² no borra las diferencias: el que da se hace más generoso, cuando se siente contemporáneamente gratificado por el que recibe su don; viceversa, el que sabe recibir el don con la conciencia de que también él, acogiéndolo, hace el bien, sirve por su parte a la gran causa de la dignidad de la persona y esto contribuye a unir a los hombres entre sí de manera más profunda.

Así pues, la misericordia se hace elemento indispensable para *plasm*ar las relaciones mutuas entre los hombres, en el espíritu del más profundo respeto de lo que es humano y de la recíproca fraternidad. Es imposible lograr establecer este vínculo entre los hombres si se quiere regular las mutuas relaciones únicamente con la medida de la justicia. Esta, en todas las esferas de las relaciones interhumanas, debe experimentar *por decirlo así, una notable «corrección»* por parte del amor que —como proclama san Pablo— es «paciente» y «benigno», o dicho en otras palabras lleva en sí los caracteres del amor *misericordioso* indica también esa cordial *ternura y sensibilidad*, de que tan elocuentemente nos habla la parábola del hijo pródigo¹²³ o la de la oveja extraviada o la de la dracma perdida¹²⁴. Por tanto, el amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral.

Su radio de acción, no obstante, no halla aquí su término. Si Pablo VI indicó en más de una ocasión la «civilización del amor»¹²⁵ como fin al que deben tender todos los esfuerzos en campo social y cultural, lo mismo que económico y político, hay que añadir que este fin no se conseguirá nunca, si en nuestras concepciones y actuaciones, relativas a las amplias y complejas esferas de la convivencia humana, nos detenemos en el

122. Cfr. 1 Cor. 13, 4.

123. Cfr. Lc. 15, 11-32.

124. Cfr. Lc. 15, 1-10.

125. PABLO VI, *Enseñanzas al Pueblo de Dios* (1975), p. 482 (Clausura del Año Santo, 25 diciembre 1975).

criterio del «ojo por ojo, diente por diente»¹²⁶ y no tendemos en cambio a transformarlo esencialmente, superándolo con otro espíritu. Ciertamente, en tal dirección nos conduce también el Concilio Vaticano II cuando hablando repetidas veces de la necesidad de *hacer el mundo más humano*¹²⁷, individúa la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo precisamente en la realización de tal cometido. El mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano, únicamente si introducimos en el ámbito pluriforme de las relaciones humanas y sociales, junto con la justicia, el «amor misericordioso» que constituye el mensaje mesiánico del evangelio.

El mundo de los hombres puede hacerse «cada vez más humano», solamente si en todas las relaciones recíprocas que plasman su rostro moral introducimos el momento del perdón, tan esencial al evangelio. El perdón atestigua que en el mundo está presente el *amor más fuerte que el pecado*. El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. Un mundo, del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros.

Por esto, la Iglesia debe considerar como uno de sus deberes principales —en cada etapa de la historia y especialmente en la edad contemporánea— *el de proclamar e introducir en la vida* el misterio de la misericordia, revelado en sumo grado en Cristo Jesús. Este misterio, no sólo para la misma Iglesia en cuanto comunidad de creyentes, sino también en cierto sentido para todos los hombres, es *fuerza* de una vida diversa de la que el hombre, expuesto a las fuerzas prepotentes de la triple concupiscencia que obran en él¹²⁸, está en condiciones de construir. Precisamente en nombre de este misterio Cristo nos enseña a perdonar siempre. ¡Cuántas veces repetimos las palabras de la oración que El mismo nos enseñó, pidiendo: «*perdónanos* nuestras deudas *como nosotros perdonamos* a nuestros deudores», es decir, a aquellos que son culpables de algo respecto a nosotros¹²⁹. Es en verdad difícil expresar el valor profundo de la actitud que tales palabras trazan e inculcan. ¡Cuántas cosas dicen estas

126. Mt. 5, 38.

127. Cfr. Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 40: AAS 58 (1966), p. 1057 ss. PABLO VI, Exhort. Apost. *Paterna cum benevolentia*, esp. nn. 1 y 6: AAS 67 (1975), pp. 7-9; 17-23.

128. Cfr. 1 Jn. 2, 16.

129. Mt. 6, 12.

palabras a todo hombre acerca de su semejante y también acerca de sí mismo! La conciencia de ser deudores unos de otros va pareja con la llamada a la solidaridad fraterna que san Pablo ha expresado en la invitación concisa a soportarnos «mutuamente con amor»¹³⁰. ¡Qué acción de humildad se encierra aquí respecto del hombre, del prójimo y de sí mismo a la vez! ¡Qué escuela de buena voluntad para la convivencia de cada día, en las diversas condiciones de nuestra existencia! Si desatendiéramos esta lección, ¿qué quedaría de cualquier programa «humanístico» de la vida y de la educación?

Cristo subraya con tanta insistencia la necesidad de perdonar a los demás que a Pedro, el cual le había preguntado cuántas veces debería perdonar al prójimo, le indicó la cifra simbólica de «setenta veces siete»¹³¹, queriendo decir con ello que debería saber perdonar a todos y siempre. Es obvio que una exigencia tan grande de *perdonar no anula* las *objetivas exigencias de la justicia*. La justicia rectamente entendida constituye por así decirlo la finalidad del perdón. En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, y ni siquiera la misericordia como su fuente, significa indulgencia para con el mal, para con el escándalo, la injuria, el ultraje cometido. En todo caso, la reparación del mal o del escándalo, el resarcimiento por la injuria, la satisfacción del ultraje son condición del perdón.

Así pues, la estructura fundamental de la justicia penetra siempre en el campo de la misericordia. Esta, sin embargo, tiene la fuerza de conferir a la justicia un contenido nuevo que se expresa de la manera más sencilla y plena en el perdón. Este en efecto manifiesta que, además del proceso de «compensación» y de «tregua» que es específico de la justicia, es necesario el amor, para que el hombre se corrobore como tal. El cumplimiento de las condiciones de la justicia es indispensable, sobre todo, a fin de que el amor pueda revelar el propio rostro. Al analizar la parábola del hijo pródigo, hemos llamado ya la atención sobre el hecho de que *aquel que perdona* y *aquel que es perdonado* se encuentran en un punto esencial, que es la dignidad, es decir, el valor esencial del hombre que no puede dejarse perder y cuya afirmación o cuyo reencuentro es fuente de la más grande alegría¹³².

La Iglesia considera justamente como propio deber, como finalidad de la propia misión, *custodiar la autenticidad del perdón*, tanto en la vida y en el comportamiento como en la educación y en la pastoral. Ella no la protege de otro modo más que custodiando la *fuerza*, esto es, el misterio de la misericordia de Dios mismo, revelado en Jesucristo.

En la base de la misión de la Iglesia, en todas las esferas de que ha-

130. Ef. 4, 2; cfr. Gal. 6, 2.

131. Mt. 18, 22.

132. Cfr. Lc. 15, 32.

blan numerosas indicaciones del reciente Concilio y la plurisecular experiencia del apostolado, no hay más que el «sacar de las fuentes del Salvador»¹³³: es esto lo que traza múltiples orientaciones a la misión de la Iglesia en la vida de cada uno de los cristianos, de las comunidades y también de todo el Pueblo de Dios. Este «sacar de las fuentes del Salvador» no puede ser realizado de otro modo, si no es en el espíritu de aquella pobreza a la que nos ha llamado el Señor con la palabra y el ejemplo: «lo que habéis recibido gratuitamente, dadlo gratuitamente»¹³⁴. Así, en todos los cambios de la vida y del ministerio de la Iglesia —a través de la pobreza evangélica de los ministros y dispensadores, y del pueblo entero que da testimonio «de todas las obras del Señor»— se ha manifestado aún mejor el Dios «rico en misericordia».

VIII

ORACION DE LA IGLESIA DE NUESTROS TIEMPOS

15. LA IGLESIA RECURRE A LA MISERICORDIA DIVINA

La Iglesia proclama la verdad de la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, y la profesa de varios modos. Además, trata de practicar la misericordia para con los hombres a través de los hombres, viendo en ello una condición indispensable de la solicitud por un mundo mejor y «más humano», hoy y mañana. Sin embargo, en ningún momento y en ningún período histórico —especialmente en una época tan crítica como la nuestra— la Iglesia puede olvidar *la oración que es un grito a la misericordia de Dios* ante las múltiples formas de mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan. Precisamente éste es el fundamental derecho-deber de la Iglesia en Jesucristo: es el derecho-deber de la Iglesia para con Dios y para con los hombres. La conciencia humana, cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra «misericordia», sucumbiendo a la secularización; cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más *la Iglesia tiene el derecho y el deber* de recurrir al Dios de la misericordia «con poderosos clamores»¹³⁵. Estos poderosos clamores deben estar presentes en la Iglesia de nuestros tiempos, dirigidos a Dios, para implorar su misericordia, cuya manifestación ella profesa y proclama en cuanto realiza en Jesús crucificado y resucitado, esto es, en el misterio pascual. Es este misterio el que lleva en sí la más completa revelación de la misericordia, es

133. Cfr. Is. 12, 3.

134. Mt. 10, 8.

135. Cfr. Heb. 5, 7.

decir, del amor que es más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado y que todo mal, del amor que eleva al hombre de las caídas graves y lo libera de las más grandes amenazas.

El hombre contemporáneo siente estas amenazas. Lo que, a este respecto, ha sido dicho más arriba es solamente un simple esbozo. El hombre contemporáneo se interroga con frecuencia, con ansia profunda, sobre la solución de las terribles tensiones que se han acumulado sobre el mundo y que se entrelazan en medio de los hombres. Y si tal vez no tiene *la valentía de pronunciar la palabra «misericordia»*, o en su conciencia privada de todo contenido religioso no encuentra su equivalente, *tanto más se hace necesario que la Iglesia pronuncie esta palabra*, no sólo en nombre propio sino también en nombre de todos los hombres contemporáneos.

Es, pues, necesario que todo cuanto he dicho en el presente documento sobre la misericordia *se transforme continuamente en una ferviente plegaria*: en un grito que implora la misericordia en conformidad con las necesidades del hombre en el mundo contemporáneo. Que este *grito condense toda la verdad sobre la misericordia*, que ha hallado tan rica expresión en la Sagrada Escritura y en la Tradición, así como en la auténtica vida de fe de tantas generaciones del Pueblo de Dios. Con tal grito nos volvemos, como todos los escritores sagrados, al Dios que no puede despreciar nada de lo que ha creado¹³⁶, al Dios que es fiel a sí mismo, a su paternidad y a su amor. Y al igual que los profetas, recurramos al amor que tiene características maternas y, a semejanza de una madre, sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada, aunque hubiese millones de extraviados, aunque en el mundo la iniquidad prevaleciese sobre la honestidad, aunque la humanidad contemporánea mereciese por sus pecados un nuevo «diluvio», como lo mereció en su tiempo la generación de Noé. Recurramos al amor paterno que Cristo nos ha revelado en su misión mesiánica y que alcanza su culmen en la cruz, en su muerte y resurrección. Recurramos a Dios mediante Cristo, recordando las palabras del *Magnificat* de María, que proclama la misericordia «de generación en generación». Imploramos la misericordia divina para la generación contemporánea. La Iglesia que, siguiendo el ejemplo de María, trata de ser también madre de los hombres en Dios, exprese en esta plegaria su materna solicitud y al mismo tiempo su amor confiado, del que nace la más ardiente necesidad de la oración.

Eleve nuestras *súplicas, guiados por la fe, la esperanza, la caridad* que Cristo ha injertado en nuestros corazones. Esta actitud es asimismo amor hacia Dios, a quien a veces el hombre contemporáneo ha alejado de sí, ha hecho ajeno a sí, proclamando de diversas maneras que es algo

136. Cfr. Sab. 11, 24; Sal. 145 (144), 9; Gen. 1, 31.

«superfluo». Esto es, pues, *amor a Dios*, cuya ofensa-rechazo por parte del hombre contemporáneo sentimos profundamente, dispuestos a gritar con Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»¹³⁷. Esto es al mismo tiempo *amor a los hombres*, a todos los hombres sin excepción y división alguna: sin diferencias de raza, cultura, lengua, concepción del mundo, sin distinción entre amigos y enemigos. Esto es amor a los hombres que desea todo bien verdadero a cada uno y a toda la comunidad humana, a toda familia, nación, grupo social; a los jóvenes, los adultos, los padres, los ancianos, los enfermos: es amor a todos, sin excepción. Esto es amor, es decir, solicitud premurosa para garantizar a cada uno todo bien auténtico y alejar y conjurar el mal.

Y, si alguno de los contemporáneos no comparte la fe y la esperanza que me inducen, en cuanto siervo de Cristo y ministro de los misterios de Dios¹³⁸, a implorar en esta hora de la historia la misericordia de Dios en favor de la humanidad, que trate al menos de comprender *el motivo de esta premura. Está dictada por el amor al hombre*, a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos está amenazado por un peligro inmenso. El misterio de Cristo que, desvelándonos la gran vocación del hombre, me ha impulsado a confirmar en la Encíclica *Redemptor Hominis* su incomparable dignidad, me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el mismo misterio de Cristo. Ello me obliga también a recurrir a tal misericordia y a implorarla en esta difícil crítica fase de la historia de la Iglesia y del mundo, mientras nos encaminamos al final del segundo milenio.

En el nombre de Jesucristo, crucificado y resucitado, en el espíritu de su misión mesiánica, que permanece en la historia de la humanidad, *elevemos nuestra voz y supliquemos* que en esta etapa de la historia se revele una vez más aquel Amor que está en el Padre y que por obra del Hijo y del Espíritu Santo se haga presente en el mundo contemporáneo como más fuerte que el mal: más fuerte que el pecado y la muerte. Supliquemos por intercesión de Aquella que no cesa de proclamar «la misericordia de generación en generación», y también de aquellos en quienes se han cumplido hasta el final las palabras del sermón de la montaña: «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»¹³⁹.

* * *

137. Lc. 23, 34.

138. Cfr. 1 Cor. 4, 1.

139. Mt. 5, 7.

Al continuar el gran cometido de actuar el Concilio Vaticano II, en el que podemos ver justamente una nueva fase de la autorrealización de la Iglesia —a medida de la época en que nos ha tocado vivir— la *Iglesia* misma debe guiarse por la plena conciencia de que en esta obra no le es lícito, en modo alguno, replegarse sobre sí misma. La *razón* de su *ser* es en efecto la de *revelar a Dios*, esto es, al Padre que nos permite «verlo» en Cristo¹⁴⁰. Por muy fuerte que pueda ser la resistencia de la historia humana; por muy marcada que sea la heterogeneidad de la civilización contemporánea; por muy grande que sea la negación de Dios en el mundo, tanto más grande debe ser la proximidad a ese misterio que, escondido desde los siglos en Dios, ha sido después realmente participado al hombre en el tiempo mediante Jesucristo.

Con mi Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 30 de noviembre, primer domingo de Adviento, del año 1980, tercero de mi Pontificado.

JUAN PABLO II

140. Cfr. Jn. 14, 9.

iglesia diocesana

Cancillería - Secretaría

Ultimos nombramientos

- Delegado del Sr. Obispo en el Patronato Ntra. Sra. de la Vega: D. Longinos Jiménez Díaz (11 diciembre 1980).
- Ecónomo de Moriscos: D. Primitivo Fernández García, O.D. (12 diciembre 1980).
- Encargado de Cabezabellosa de la Calzada: D. Emilio González Rivas (20 diciembre 1980).
- Encargado de Pitiegua: Idem.
- Colaborador de la Parroquia «Dulce Nombre de María» de Salamanca: idem.
- Propuesta de Profesor de Religión en el Colegio «Miguel de Unamuno» de Pizarrales: D. Jesús García Rodríguez (1 diciembre 1980).
- Encargado de Gallegos de Solmirón: D. Alipio Ruiz Sierra (19 enero 1981).
- Encargado de Bercimuelle: idem.
- Encargado de Horcajo Medianero: D. Ramón Campos Medina (20 enero 1981).
- Encargado de Chagarcía Medianero: idem.
- Capellán de las Religiosas MM. Reparadoras de Valdejimena: idem.
- Encargado Provisional de Revalvos: idem.
- Encargado Provisional de Armenteros: idem.
- Encargado Provisional de Iñigo Blasco: idem.
- Capellán del Convento de MM. Dominicas «Dueñas» de Salamanca: P. Ramón Hernández Martín, O.P. (20 enero 1981).

Cursillos para novios

Ofrecemos a nuestros sacerdotes parroquiales la relación de los Cursillos para novios que se celebran en la capital para facilitar la asistencia a los mismos de las parejas que no cuenten con ellos en sus Parroquias respectivas.

1. *El Movimiento Familiar Cristiano conjuntamente con las Parroquias del Centro y algunas de la Periferia* tienen organizados en el Colegio Residencia «Amor de Dios», calle Toro, 31, los siguientes, a las ocho de la noche: enero, 12-17; febrero, 2-6; marzo, 2-6; abril, 6-11; mayo, 4-8; junio, 1-5; julio, 6-10; agosto, 3-7; septiembre, 31 sep.-4 octubre; noviembre, 2-6; diciembre, 30 nov.-4 diciembre.

2. *Parroquias de San Mateo y Fátima*: febrero, 9-10 y 16-17 (Fátima); marzo, 9-10 y 16-17 (San Mateo); abril, 6-7 y 20-21 (Fátima); mayo, 4-5 y 11-12 (San Mateo); junio, 8-9 y 15-16 (Fátima).

3. *Jesús Obrero* (Pizarrales): febrero, 24-27; marzo, 24-27; mayo, 5-8; junio, 2-5; julio, 7-10; agosto, 4-7; septiembre, 1-4; octubre, 6-9; noviembre, 24-27. Lugar: Despacho Parroquial. Hora: nueve noche.

También se dan Cursillos en Alba de Tormes, Ledesma y Peñaranda de Bracamonte para sus respectivas Zonas.

El Delegado D. de Liturgia

Tribunal Eclesiástico

Separación matrimonial: PANTALEON - JIMENEZ

(Encabezamiento y fallo)

En el nombre de Dios. Amén.

«En la ciudad de Salamanca a 16 de diciembre de 1980, Nos el Doctor Don Juan Sánchez Martín, Provisor-Juez Ordinario del Obispado de Salamanca, habiendo visto estos Autos, seguidos entre partes de la una como demandante Doña Lucía Pantaleón Hernández, mayor de edad, casada, sus labores, con domicilio en esta ciudad Avda. del General Mola, 37, portal D, 5.º A, representada por el Procurador de los Tribunales Don José Antonio Blanco Sánchez y asistida del abogado Don Fabián García Díez, los dos designados de oficio, de los respectivos Colegios de esta ciudad, y de la otra como demandado Don Rafael-Alberto Jiménez Baltasar, mayor de edad, con domicilio en esta ciudad, con igual domicilio que la demandante, la demanda con petición de separación temporal por las causas de sevicias físicas y morales del esposo contra la esposa, y con petición de beneficio de patrocinio gratuito, habiendo intervenido por el Ministerio Fiscal el Fiscal General del Obispado M. I. Sr. Doctor Don Eugenio González y González, y habiendo corrido estos Autos por ante el Notario Actuario de este Tribunal Eclesiástico, Rvdo. Sr. Don Francisco García y García; ... FALLAMOS: Que procede la separación conyugal temporal, por tiempo indefinido, entre la esposa demandante Doña Lucía Pantaleón Hernández y el esposo demandado Don Rafael Alberto Jiménez Baltasar, por la causa canónica de graves sevicias del esposo contra la esposa, debiendo quedar entregados los hijos del matrimonio, menores de edad, a la custodia y educación de la madre, esposa inocente, con expresa imposición de todas las costas al demandado por vencido y contumaz. Así, por esta Nuestra sentencia, definitivamente juzgando, lo pronunciamos, lo declaramos y lo firmamos en el lugar y fecha ut supra.—Rubricado y sellado. Dr. JUAN SÁNCHEZ.—Ante mí, *El Notario Actuario*, FRANCISCO GARCÍA, rubricado y sellado».

El Provisor - Juez Ordinario

Ante mí
El Notario Actuario

Sentencia

(Encabezamiento y fallo)
En el nombre de Dios, Amén.

En la ciudad de Salamanca a 26 de enero de 1981, Nos el Doctor Don Juan Sánchez Martín, Provisor-Juez Ordinario del Obispado de Salamanca, habiendo visto estos Autos de separación conyugal, seguidos entre partes de la una como demandante Doña Elisa García Paredero, mayor de edad, casada, empleada, con domicilio en esta ciudad en la calle Bolívar, núm. 10, 1.º D, legítimamente representada por el Procurador Don Francisco Sánchez López, primero y después por el también Procurador Don Carlos Peña de Pablo y asistida del abogado Don Ramón Arenas Rodríguez, Procuradores y Abogado actuando en turno de oficio, designados por los respectivos Colegios de esta ciudad, y de la otra como demandado Don Juan Fulgencio Berrocal Martín, mayor de edad, casado, minero, con domicilio en Ponferrada (León), calle Número 222, núm. 4, piso 1.º, declarado contumaz, la demanda con petición de separación temporal por la causa de sevicias y abandono del hogar imputables al esposo, habiendo intervenido por el Ministerio Fiscal el M. I. Sr. Doctor Don Eugenio González y González, Fiscal General del Obispado, y habiendo intervenido como Notario Actuario el que lo es de este Tribunal Eclesiástico, Rvdo. Sr. Don Francisco García y García;

FALLAMOS: Que procede la separación conyugal temporal, por tiempo indefinido, por las causas canónicas de sevicias y abandono malicioso del hogar imputables al esposo, entre la demandante Doña Elisa García Paredero y el demandado Don Juan Fulgencio Berrocal Martín. Que en cuanto a los hijos del matrimonio, menores de edad, decretamos que deben ser entregados a la custodia y educación de la madre, esposa inocente. Con expresa imposición de todas las costas al demandado, vencido y contumaz. Así, por esta Nuestra sentencia, definitivamente juzgando, lo pronunciamos, lo declaramos y lo firmamos en el lugar y fecha ut supra.—Dr. J. SÁNCHEZ.—Ante mí, F. GARCÍA. Rubricados y sellados.

El Provisor-Juez Ordinario,
Fdo.: Dr. JUAN SÁNCHEZ

El Notario Actuario,
Fdo.: FRANCISCO GARCÍA

ALBA, SIGNO DE ESPERANZA

Concentración de la juventud en Alba de Tormes (18 de octubre de 1980)

Merece un comentario el acontecimiento de la marcha de la juventud al sepulcro de Santa Teresa, primer acto oficial programado por la Junta Pro-Centenario de Santa Teresa.

Dentro de la sencillez y sin ser un acto multitudinario constituyó algo así como un preludio de algo que un futuro no lejano puede ser una realidad.

La mañana del día 18 de octubre de 1980 amaneció radiante y propicia para peregrinar. Desde la «Fuente de Santa Teresa» se inició la marcha de unos 500 chicos y chicas de la ciudad. De los pueblos vecinos, del mismo Alba y de Ciudad Rodrigo, según cálculos aproximativos, acudieron unos 1.500 jóvenes. El entusiasmo y el sentido penitencial y de oración «a lo Teresa» no faltaron en ningún momento.

Los preparativos de recibimiento por parte del equipo Parroquial de Alba, PP. Carmelitas, MM. Carmelitas y autoridades de la Villa Ducal estuvieron bien cuidadas. La amplia explanada que circunda al monumento dedicado a Teresa ofrecía un aspecto festivo. El altar, el coro, el himno oficial teresiano, las celdas del Convento de MM. Carmelitas al fondo, las palabras emocionadas del P. Raimundo y los cerca de 2.000 jóvenes que se apiñaban cabe los muros de los ruinosos paredones de la inconclusa Basílica eran como otros tantos signos que hablaban de esperanza.

La llegada de Don Mauro, Jerarquía eclesiástica y Vicario General de Ciudad Rodrigo, el saludo de recibimiento por parte del Ayuntamiento albense y la imagen en andas de la andariega Teresa de Jesús, portada por chicos jóvenes y abriéndose paso en medio de los chicos y chicas de la ciudad y de los pueblos, constituyeron un signo de juvenil entusiasmo, esperanzador preludio de un Centenario que tendrá que marcar un hito histórico en lo Teresiano, en lo Eclesial, en lo social y en lo Diocesano.

La Eucaristía concelebrada por unos 25 sacerdotes en torno o su Obispo diocesano fue viva y participada. Se cantó con entusiasmo, hubo muchas confesiones y comuniones, constituyendo un encantador ofertorio la ofrenda de los típicos «cacharros» que hacen los alfareros albenses, los

libros de los estudiosos jóvenes, las flores de la Tercera Edad, la gigantesca «Obra literaria» de la Santa, el birrete universitario por su saber místico y el pan y el vino de estas nuestras tierras castellanas. Todo ello enmarcado al son de las perennes melodías de la gaita y tamboril charros.

De las palabras, bien pensadas y medidas, que dirigió durante la Eucaristía D. Constancio Palomo, destacamos unas citas de la misma Santa que nos impactaron a todos por lo actuales que nos parecieron:

«Estase ardiendo el mundo, quieren volver a sentenciar a Cristo y a poner a su Iglesia por los suelos». A este fuego que destruye el mundo, la familia, las juventudes y la espiritualidad cristiana, Teresa nos llama para encendernos como ella en el fuego que Cristo vino a traer a la tierra. Insistió para que como ella «se empiece por la reforma interior personal para llegar a las reformas exteriores y así hacer más habitable a Cristo esta casa de la tierra que El escogió», según dice la Santa en su «Camino de Perfección».

Todo este acontecimiento gozoso de este día otoñal pasado en Alba tuvo un final también esperanzador: un cariñoso y cerrado aplauso a Juan Pablo II, cuando desde los altavoces se dijo: «Alba es el sitio del Papa».

Acto Teresiano en la Villa Ducal de Alba de Tormes, en el Cuarto Centenario de la Fundación del convento de MM. Carmelitas Descalzas

Alba de Tormes fue el día 25 de enero pasado una caja de resonancia del amor y fervor teresiano que late en el corazón del pueblo salmantino y del mundo entero. El día, que había amanecido envuelto en una intensa niebla, se abrió en luz y sol cuando apenas faltaban unos minutos para que diera comienzo el histórico acontecimiento que recuerda la Fundación de uno de los «palomarcitos» teresianos que más gloria ha dado a Dios y a la Iglesia, Fundación efectuada por la andariega santa castellana Teresa de Jesús.

Alba de Tormes se había revestido con sus más primorosas galas. Las típicas casas albenses estaban engalanadas y en sus ventanas y balcones lucían multicolores banderas, colgaduras y letreros alusivos al acto que se iba a conmemorar.

Pronto fueron afluyendo desde los más apartados rincones de la Provincia y desde otros puntos de la región castellana, peregrinos y devotos de Teresa de Jesús. Hay que destacar que fueron muchos los grupos de gente joven que iban y venían por la calles de Alba prestando al aconte-

cimiento un aire festivo y juvenil. Incluso hubo algún grupo de religiosas jóvenes que se acercaron hasta Alba de Tormes a pie, como lo hiciera un día la andariega Teresa. Alba era un reguero de gente y había como una gozosa pausa de espera de algo que presagiaba un acontecimiento que iba a ser un hito histórico en los anales de Alba de Tormes.

A las cinco y algunos minutos de la tarde se originó la magna Procesión que partiendo de la Plaza Mayor de Alba se dirigió hacia el Convento de MM. Carmelitas Descalzas, fundado un 25 de enero del año del Señor de 1971. Más de un centenar de sacerdotes y religiosos, revestidos de blancas albas, desfilaron por las tortuosas calles de Alba, acontecimiento tal vez nunca visto en lo que va de historia, seguidos por la totalidad de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Valladolid, Abad del Monasterio de San Isidro de Dueñas y presididos por el Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Cardenal D. Vicente Enrique y Tarancón. Seguían las primeras autoridades civiles de la Provincia de Salamanca y de Alba de Tormes y los Excmos. Sres. Duques de Alba, D. Jesús Aguirre y Dña. Cayetana. El pueblo de Alba y las gentes venidas de fuera aplaudían entusiasmados a la comitiva, cantaban y expresaban su gozo con vivas a la Santa.

El rito inicial de esta Celebración tuvo lugar en la Iglesia Conventual de MM. Carmelitas, lugar donde se conserva incorrupto el cuerpo de Santa Teresa. La gente no se quería perder nada de lo programado. Allí sonaron las bellas tonadas religiosas con aire charro, interpretadas por el coro de «Voces Blancas Salmantinas», dirigidas por su directora Srta. Pilar Magadán y el dulce y melodioso canto gregoriano entonado por las MM. Benedictinas de Alba. Y para que no faltara en este acto la poesía hecha en honor de Teresa de Jesús, el rapsoda salmantino Pablo Serrano recitó una selección de poemas de Jacinto Verdaguer, Miguel de Cervantes, Marciano Recio y Juan Alberto de los Cármenes. Un joven religioso Carmelita leyó el Acta de Fundación del Convento de MM. Carmelitas, redactada por la propia Teresa de Jesús. Este emotivo acto se convirtió en oración comunitaria cuando todos pudieron saborear la música del «Magnificat» de D. Dámaso García y García, con un sabor charro de lo más puro y castizo.

Cuando aún resonaban los ecos de esta plegaria, Alba volvió a estallar en gozo, al salir procesionalmente el Brazo de Teresa de Jesús, hacia la Iglesia Parroquial de San Pedro, rodeado por los PP. Carmelitas y por los miembros de la Hermandad de Santa Teresa. Este fue el recorrido, pero a la inversa, que hiciera Teresa de Jesús con su comunidad incipiente, el día que fundara este Convento Carmelitano.

En el momento de hacer su entrada solemne en la Parroquia el Brazo de Teresa de Jesús, las trescientas voces del Coro dirigido por el Maestro Jesús García Bernalt, interpretó magistralmente el «Alleluja» de Haen-

del. El entusiasmo y el gozo se hizo emoción entre las casi dos mil personas que se apiñaban en el interior del Templo y entre los cientos de peregrinos que se tuvieron que quedar en la calle para desde allí seguir la Misa Solemne. La Iglesia de San Pedro, recién reparada con gusto y esbeltez, era un marco singular para tal acontecimiento religioso.

La Eucaristía fue seguida con fe y piedad por todos. Intervinieron en las lecturas de la Palabra de Dios: el Sr. Alcalde de Alba de Tormes, una religiosa de la «Compañía de Santa Teresa», hijas del que fuera su Fundador D. Enrique de Ossó, fiel devoto y propagandista como el que más de Santa Teresa, proclamando el Evangelio el Obispo Diocesano de Salamanca, D. Mauro Rubio Repullés. El Cardenal Tarancón en su Homilía puso de manifiesto el testimonio válido de la Santa carmelita —Fundadora, Mística, llena de Dios y Maestra de oración— para un mundo como el actual que apenas levanta sus vuelos de la materia y de lo puramente terreno. Fue acogido con emoción por el pueblo, que seguía con interés y atención la Homilía, cuando el Cardenal dio la noticia de la posibilidad, hecha ya casi seguridad, de que el Vicario de Cristo en la tierra pisara en este mismo año de 1981 las tierras españolas, salmantinas y albenses.

Muy digno de destacar a lo largo de la Eucaristía fue también el momento de las ofrendas: un alfarero de Alba hizo entrega de un típico cacharro hecho con un puñado de aquella tierra que la Santa escogió para ser enterrada allí; el Superior de PP. Carmelitas de Alba ofreció las Obras de Teresa de Jesús; una religiosa un Crucifijo, simbolizando a la «Maestra de la Vida Religiosa»; unos chicos jóvenes del pueblo unos preciosos claveles rojos, apuntando a la que hoy puede ser «Luz y Guía de la juventud»; el pan y el vino de las tierras castellanas fueron portados por unos vecinos de la Villa. Más tarde, este pan y este vino se iban a convertir misteriosamente en el Cuerpo y en la Sangre del Señor Jesús, centro y vida enjundiosa de todo este «místico encuentro de Teresa de Jesús con el pueblo allí congregado con sus Obispos y Sacerdotes».

A la hora del silencio y del recogimiento sonaron las místicas melodías, con sabor a la época en que vivió Teresa: «Véante mis ojos, dulce Jesús bueno, véante mis ojos, muérame yo luego». Esto traía el recuerdo de aquella «mala noche pasada en una mala posada», cuando Teresa de Jesús fundara otro convento carmelitano en la ciudad de Salamanca, en la Casa de Santa Teresa de Jesús», hoy Monumento Nacional, pocos días antes de la Fundación de este en la Villa Ducal.

Ya finalizada la Celebración Eucarística fue anunciado por el Maestro de Ceremonias de la Catedral de Salamanca, D. Manuel Francisco Sánchez Jiménez, que los Coros «Universitario», «San Juan de Mata», Orquesta del «Real Conservatorio de Música» de Salamanca y Banda Municipal del Ayuntamiento de Salamanca, iban a estrenar el himno a Santa

Teresa, letra del ilustre hijo de Alba D. Antonio Alamo Salazar y música del Ilmo. Sr. Vicario General de la Diócesis, D. Constancio Palomo González. Con emoción y respetuoso silencio fue escuchada esta pieza magistral impregnada de un cierto aire charro, que al final de su interpretación hizo estallar a todos los asistentes en un obsequioso agradecimiento a los autores del Himno.

Ya en las postrimerías del acto, largo pero seguido con interés por todos, el Párroco de Alba de Tormes D. Florentino Gutiérrez Sánchez, hijo ilustre también de la Villa Ducal, tuvo palabras de agradecimiento para los autores del Himno recién estrenado, para las autoridades civiles que habían concurrido a la Celebración, especialmente para los Sres. Duques de Alba, a los que pidió su entrega y su sangre para que esta Villa Ducal que no sólo quiere ver sus nombres en los escudos que adornan los frontispicios de tantas casas y retablos albenses, sino que reclama su presencia y su ayuda para seguir adelante en ese caminar esperanzador en el que se está comprometiendo con alma, vida y corazón, la Villa de Alba de Tormes; agradecimiento a los Sres. Obispos de la Provincia Eclesiástica de Valladolid, pidiéndoles que hagan lo posible y lo imposible para que Alba sea como el centro irradiador de espiritualidad y oración para esta Región Castellana; agradecimiento para el Cardenal Tarancón, indicándole que haga llegar a Su Santidad el Papa Juan Pablo II que Alba de Tormes y el sepulcro de la Santa le esperan y que las puertas de esta Villa están abiertas de par en par para él; agradecimiento a la Jerarquía salmantina, sacerdotes, religiosos, religiosas y pueblo salmantino para que hiciera allí un compromiso serio como continuidad del entusiasta espíritu Teresiano de aquel Obispo Diocesano de Salamanca, P. Tomás de Cámara y Castro, que un día gritó al pueblo salmantino y del mundo entero, en acto semejante al que hoy se estaba celebrando: «¡TERESA DE JESÚS NECESITA UN TEMPLO!». Algo semejante hay que gritar hoy: «¡Hay que terminar y levantar de sus vergonzosas ruinas a la Basílica de Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes!».

Cuando las gentes se iban despidiendo de Alba de Tormes, ya bien entrada la noche, con la profunda convicción de haber asistido no sólo a un acto protocolario sino a un acontecer histórico para Alba, Salamanca, la Región Castellana, España entera y para el mundo cristiano, seguían sonando las bellas notas del himno teresiano recién estrenado:

«Teresa de Jesús, por el Carmelo,
marchas buscando el sol de la 'alta Vida'
y está en Alba de Tormes encendida
la Luz de Dios para invitarte al Cielo».

MANUEL CUESTA PALOMERO

Delegado D. de Medios de Comunicación Social

Actualizando una vida

Hemos estrenado un nuevo año. 1981 está ya en marcha; en el horizonte se dibujan, con nitidez cronológica y de colores, varias metas y realizaciones a conseguir. Para nosotros ofrece especial interés la celebración del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, de cuya inauguración sólo nos separan ya diez meses. Conviene no perder ritmo y poner manos a la obra de su preparación adecuada, perseverante y entusiasta.

Pasaron ya los días de la Navidad y está para apagarse el eco de los cantos y villancicos que festejan el nacimiento del Niño Dios en el portal de Belén. Los devotos de Santa Teresa habrán tenido un recuerdo especial para esta Santa, que vivía esos días con especial devoción. Sus hijos, después de cuatro siglos, todavía recuerdan e imitan algunas de sus costumbres: procesiones simbólicas, que quieren acompañar a José y a María, en busca de una posada digna, para que el mundo reciba el éxtasis del nacimiento de Dios entre los hombres; actitud de pastores y zagales, que cantan al recién nacido... Para todos, el recuerdo de Teresa de Jesús en estos días invita a la alegría del espíritu, por todo lo que significa el misterio de la Navidad: el don del *amor de Dios*; la aparición del Dios omnipotente, que viene a salvar a los hombres, como cordero, que va a ser inmolado por todos.

Teresa de Jesús componía villancicos, para festejar este gran misterio: «Mirad que os nace un Cordero, Hijo de Dios soberano...». «Hoy nos viene a redimir un zagal, nuestro pariente, ...que es Dios omnipotente»... «Pues el amor — nos ha dado Dios — ya no hay que temer... Danos el Padre — a su único Hijo, hoy viene al mundo — en un pobre cortijo; oh gran regocijo — que ya el hombre es Dios...». Estos son sólo algunos versos de las muchas estrofas, en las que la Madre Teresa expresaba su alegría por el nacimiento del Niño Dios; alegría que es recordada y vivida por cuantos son sus devotos...

De este modo la Madre Teresa se hace espiritualmente presente de manera particular en los días de Navidad. En varias publicaciones, hechas dentro de este ambiente, se ha recordado esto, con una nota de oportunidad. Hoy estamos necesitados de la alegría de los santos, y más que nunca, dominados por un criticismo y por un espíritu de autosuficiencia, hacernos humildes y sencillos como ellos ante el portal de Belén.

Pero, a partir de aquí la presencia espiritual de la Madre Teresa entre nosotros debe ser más viva, más radiante; sentida con mayor profundidad y promovida a todos los niveles. El IV Centenario de su muerte, desde el despertar de este nuevo año, reclama nuestra atención y exige nuestra colaboración.

Es preciso conocer las claves de esta celebración y reflexionar sobre ellas: a nivel personal, en círculos de estudio, en ambientes de comunidades de renovación... en catequesis de signo espiritual... Las claves del centenario ¿cuáles son? Fueron señaladas con toda precisión en la declaración que la Comisión Nacional hizo a últimos de febrero del año pasado: un centenario profundamente religioso y espiritual; plenamente eclesial y renovador; evangelizador y misionero; con proyección de futuro; que interese al mundo de la cultura; popular; al servicio del reino de Dios... Va a cumplirse ya un año de esta declaración. Los temas ya deben estar maduros, para —reflexionando sobre ellos— recoger algunos frutos.

P. ENRIQUE LLAMAS, C.D.

Las claves del Centenario.-La Dimensión popular

La celebración del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa ha de ser un momento de gracia para la Iglesia y en particular para la Iglesia de España. La figura de Teresa de Jesús rebasa todas las fronteras; interesa a todos. Pero, no cabe duda que hay prioridades y debe haber comunidades eclesiales más comprometidas para llevar a cabo los objetivos de esa celebración.

Precisamente, en atención a la amplia significación de la figura de la Madre Teresa, se han definido varios objetivos a conseguir en la celebración del IV Centenario de su muerte. Las *siete* líneas —no olvidemos que el número siete en lenguaje litúrgico y eclesial es simbólico— que ha marcado la Comisión Nacional nos orienta hacia esa pluriforme gama de aspectos, sobre los cuales la figura de la Madre Teresa puede tener una incidencia significativa, benéfica, renovadora y de orientación.

La celebración del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa pretende, por una parte, promover la renovación espiritual de las personas —esto ante todo— y la dimensión misionera de la Iglesia. Por otra quiere interesar a los hombres de la ciencia, de la cultura, de la literatura y del arte; porque Teresa de Jesús es un fruto de la cultura española del siglo XVI, y sus obras literarias y domésticas revelan en ella un espíritu de artista a lo divino.

Pero, esta celebración quiere llegar también a interesar a las personas sencillas, a los humildes del pueblo de Dios, esas comunidades cristianas abiertas a la vida de oración, para las que Teresa de Jesús puede ser una maestra eficacísima; a todos aquellos que no tienen tiempo apenas más que para rezar; pero, que pueden vivir espiritualmente muy unidos a Dios.

El objetivo popular los expresa así la declaración de la Comisión na-

cional: «Tratamos de superar cualquier peligro de elitismo, y toda tentación de ceñirnos a grupos selectos, pero reducidos. El Centenario ha de ser un acontecimiento popular. Un acontecimiento que llegue al cristiano y al hombre de la calle. Un acontecimiento en el que tome parte el pueblo y que en el pueblo deje su huella. Un acontecimiento especialmente atractivo para los jóvenes que buscan —en la noche— sus caminos».

Esta orientación está plenamente justificada. Si el Centenario ha de ser un acontecimiento eclesial, tiene que ser al mismo tiempo popular. No es posible hacer discriminaciones ni reducir la atención a unas solas parcelas del pueblo de Dios. Podemos decir que es el pueblo sencillo el que está más necesitado de promoción espiritual y de una catequesis, que le enseñe a penetrar en el conocimiento espiritual de los misterios de la fe.

Teresa de Jesús fue una hija de ese pueblo de alto abolengo cristiano, que logró escalar las altas metas de la santidad y de la vida espiritual, desde una educación cristiana en familia, como la que reciben la mayor parte de los cristianos de hoy. Su religiosidad es profundamente popular. Sus devociones, sus formas y estilos de rezar y meditar están en la base del pueblo cristiano de todos los tiempos, aunque con las características de cada época.

Bajo este punto de vista, la reflexión sobre la figura y la actitud de la Madre Teresa nos lleva a una justificación plena y a una revalorización de la piedad popular; tema que ha despertado tanto interés en la Iglesia de hoy y que es preciso orientar correctamente.

Todo esto es como un preámbulo, como un diseño que enmarca uno de los objetivos del centenario. Pero, surgen enseguida los interrogantes: ¿Cómo conseguir ese objetivo? ¿Cómo hay que orientar la acción? ¿Qué programas hay que desarrollar?...

P. ENRIQUE LLAMAS, C.D.

Los objetivos del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa. La dimensión popular

Nuestros lectores ya conocen que uno de los objetivos de las celebraciones del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa es llegar al pueblo, impactar a esa multitud numerosa de cristianos, que pueden aprovecharse de esta circunstancia para mejorar y profundizar en, el compromiso de su fe; hacer llegar la voz y el mensaje de la Santa Doctora no sólo a los doctos y sabios, sino también al pueblo sencillo, que tiene derecho a ser catequizado, adoctrinado y promovido a la más alta espiritualidad.

No hace falta poner de relieve la importancia de esta dimensión del Centenario teresiano. Dentro de esa categoría de cristianos tenemos que incluirnos todos. Es la parcela más amplia en la que puede trabajar la máquina del Centenario, y podríamos decir, que la más necesitada de ayuda y de promoción. Si el Centenario quiere salvar su dimensión *eclesial* tiene que llegar necesariamente al pueblo sencillo, a ese pueblo que es Iglesia y que espera, bajo la acción del Espíritu, la semilla de la verdad, el pan de la doctrina, la luz de la oración.

¿Cómo puede llegar el mensaje de Santa Teresa al pueblo de Dios? ¿Está el pueblo sencillo capacitado para recibir y vivir ese mensaje espiritual? ¿No es más bien la enseñanza y la doctrina de la Santa Doctora manjar exquisito para almas selectas y encumbradas en santidad?... No. Ese podría ser el riesgo y la tentación de algunos. La doctrina de la Madre Teresa es patrimonio de la Iglesia y es para toda la Iglesia. Todos los cristianos pueden beneficiarse de ella, y vivirla en su profundidad y en toda su fuerza santificadora: la doctrina sobre la oración, sobre la humildad y el espíritu de pobreza, sobre la presencia de Dios, sobre la hermosura del alma en gracia, que invita a todos a la santidad y a la fidelidad a Dios, el horror al pecado, como muerte espiritual del alma, etc. La vida misma de la Madre Teresa es cautivador y ejemplarizante. Hay ejemplos de almas sencillas, sin cultura ni formación teológica, sin títulos académicos, que descubrieron en los libros de Santa Teresa las maravillas de la vida interior, el fruto de la oración y la necesidad de la fidelidad a la voluntad de Dios; y se comprometieron a poner en práctica sus enseñanzas, escalando altas cotas en la vida espiritual. Un ejemplo de nuestros días, que tal vez está en el recuerdo de muchos, es Práxedes Fernández, que murió en Oviedo en olor de santidad en 1936, y cuyo proceso de beatificación va a ser iniciado próximamente. Mujer casada, viuda a los pocos años de su matrimonio, modelo de muchas virtudes, sin otra formación doctrinal y espiritual que la que recibió de sus padres y en una escuela de aldea.

Cuando contaba treinta años tomó contacto con los libros de Santa Teresa. No tuvo director espiritual; sin embargo, captó toda la hondura de la enseñanza de la Santa Doctora, en cuanto ésta podía informar su vida y estimularla a vivir más y más unida a Dios. En ratos de ocio y, por lo general, en los días festivos los libros de la Santa eran su alimento espiritual. Los leía con devoción. Desde entonces, rezaba todos los días alguna oración a la gran Santa, que ella consideraba como *Santa de su devoción*. Ella fue su maestra en la práctica de la oración mental, que hacía a diario.

Es éste un testimonio del pueblo. ¿Cómo llegó Práxedes Fernández a entender la doctrina de Santa Teresa y a hacerla norma de su vida...? Porque vivía en una disposición espiritual para ello. En esto es modelo de fidelidad al Señor. Vivió en su integridad el compromiso de la vida cristiana. Esta fidelidad la hacía tener familiaridad con las cosas espirituales y estar como connaturalizada, bajo la acción del Espíritu Santo, para entender en su medida la doctrina espiritual de Santa Teresa. De estas almas hay muchas en el pueblo de Dios, que esperan de este Centenario una iluminación y un estímulo para vivir con mayor profundidad las exigencias de la vida espiritual. La dimensión popular del Centenario teresiano puede traer mucho bien para el pueblo de Dios, que es la Iglesia.

P. ENRIQUE LLAMAS, C.D.

iglesia en europa

Conferencia Episcopal Alemana

Declaración referente a la Masonería

Entre la Iglesia católica y la Masonería se han mantenido conversaciones oficiales en los años 1974-1980, por encargo de la Conferencia Episcopal Alemana y de las grandes Logias reunidas.

En el curso de aquéllas se ha tratado de constatar si la Masonería ha experimentado cambios a lo largo del tiempo, tales que consientan a los católicos pertenecer a ellas actualmente. Las conversaciones se han desarrollado en clima de cordialidad y con gran franqueza y objetividad.

Se han estudiado los tres primeros estadios (grados) de pertenencia a la secta. Después de atento examen de estos tres estadios primeros, la Iglesia católica ha constatado que existen contrastes fundamentales e insuperables. En su esencia la Masonería no ha cambiado. La pertenencia a la Masonería pone en duda los fundamentos de la existencia de Cristo; el examen minucioso de los rituales masónicos y de las afirmaciones fundamentales, como también la constatación objetiva de que hoy no ha sufrido ningún cambio la Masonería, lleva a esta conclusión obvia:

No es compatible la pertenencia a la Iglesia católica y al mismo tiempo a la Masonería.

(«O. R.», e. e., 7-IX-1980)

estado español

Ley 78/1980, de 26 de diciembre, por la que se determina el procedimiento a seguir en las causas de separación matrimonial.

DON JUAN CARLOS I, REY DE ESPAÑA

A todos los que la presente vieren y entendieren,

Sabed: Que las Cortes Generales han aprobado y Yo vengo en sancionar la siguiente Ley:

Artículo primero

Los procesos de separación conyugal, cualquiera que sea la forma de celebración del matrimonio, se sustanciarán y decidirán por los Jueces de Primera Instancia con arreglo a las normas de procedimiento establecidas en la Ley de Enjuiciamiento Civil para los incidentes, con la única salvedad de que el período común para la proposición y práctica de prueba será de treinta días. No tendrá intervención en ellos el Ministerio Fiscal, a menos que existan menores, ausentes o incapacitados.

Si el demandado reconviniere se dará traslado de su escrito al actor para que conteste a la reconvenición dentro del plazo de seis días.

En estos procesos no será de aplicación lo dispuesto en los apartados uno, dos, tres y cinco del artículo seiscientos sesenta de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

Artículo segundo

Las medidas a que se refieren los artículos sesenta y ocho del Código Civil y mil ochocientos ochenta y seis y siguientes de la Ley de Enjuiciamiento Civil se adoptarán, en pieza separada, por el mismo Juzgado al que corresponda el conocimiento de la causa principal.

Artículo tercero

Las medidas provisionales adoptadas se mantendrán en vigor hasta que se haya proveído a la ejecución de la sentencia, en resolución definitiva y, en su caso, a la reclamación de alimentos.

Artículo cuarto

La presente Ley será de aplicación a los procesos iniciados a partir de la vigencia del acuerdo entre el Estado español y la Santa Sede sobre asuntos jurídicos.

DISPOSICION DEROGATORIA

La presente Ley entrará en vigor al día siguiente de su publicación

en el «Boletín Oficial del Estado», quedando derogado el Real Decreto-Ley veintidós/mil novecientos setenta y nueve, de veintinueve de diciembre.

Por tanto,

Mando a todos los españoles, particulares y autoridades, que guarden y hagan guardar esta Ley.

Palacio Real, de Madrid, a veintiséis de diciembre de mil novecientos ochenta.

JUAN CARLOS R.

El Presidente del Gobierno,
ADOLFO SUÁREZ GONZÁLEZ

necrología

D. Leandro López Ruano

El día 28 de diciembre de 1980 falleció en la ciudad de Salamanca el sacerdote diocesano D. Leandro López Ruano. Había nacido en la villa ducal de Alba de Tormes el día 27 de febrero del año 1900. Hizo sus estudios eclesiásticos en el Seminario de San Carlos Borromeo de Salamanca, ordenándose de sacerdote el día 11 de julio de 1926.

Durante el tiempo de su larga vida, dedicada enteramente al servicio pastoral de la Diócesis, le fueron encomendadas a su cuidado sacerdotal las siguientes comunidades parroquiales en las que trabajó con espíritu evangélico y en las que ha dejado un gran recuerdo por su entrega sencilla y generosa: Ecónomo de Cilleros de la Bastida (1-I-1926), Coadjutor de Los Santos (1-I-1927), Ecónomo de Fuentes de Masueco (14-I-1928), Párroco de El Arco (10-XI-1928), Ecónomo de El Tornadizo (22-II-1933), Regente de San Miguel de Valero (13-IV-1934), Párroco de Terradillos (23-II-1941), y Encargado de Palomares de Alba (4-IV-1941).

A partir del 31 de mayo del año 1978 vivió en Salamanca, jubilado ya de sus cargos pastorales.

Cargado de méritos y de buenas obras, entregó su vida en manos del Señor, en las Fiestas de la Navidad, habiendo sido atendido por el cariño de los suyos durante sus últimos días.

Pertenecía a la Hermandad de Sufragios y a la hora de su fallecimiento tenía acreditadas las cargas, por lo que todos los sacerdotes pertenecientes a dicha Hermandad de Sufragios están obligados a aplicar por el eterno descanso de su alma una Misa y tres Resposos. Descanse en Paz.

noticario

Curso de Renovación Teológica para Misioneros

La Escuela Superior de Formación Misionera convoca un curso de aggiornamento teológico para misioneros de paso por España; el curso está abierto también a todos los sacerdotes, religiosos y seglares que deseen actualizar sus conocimientos teológicos.

Fecha: del 2 al 27 de febrero 1981.

Lugar: CONFER Masculina. calle Núñez de Balboa, 115 bis (Madrid - 6).

Horario: 4 a 8 de la tarde (de lunes a viernes).

Matrícula: 5.000 pesetas.

Inscripciones:

- Escuela Superior de Formación Misionera. Calle Núñez de Balboa, 115 bis. Madrid - 6. Teléfono 262 46 12 (por la mañana).
- P. Jesús A. Barreda. Teléfono 202 03 40 (mañanas de 9 a 12; tardes de 5 a 9).

Contenido del Curso

- Cristología (prof. Jesús Espeja)
- Eclesiología (prof. Claudio García)
- Sacramentos (prof. José Cristo Rey García de Paredes)
- Temas bíblicos misioneros (prof. José Alonso Díaz)
- La misión desde el Vaticano II (prof. Manuel de Unciti)
- Espiritualidad misionera (prof. Jesús A. Barreda)
- Ecumenismo y misión (prof. Ana María Schluter)
- Inculturación y evangelización (prof. Darío Ravera)

Asociación Misionera Seglar

Ante los resultados obtenidos en el curso pasado en la realización de nuestro plan de formación seguido a lo largo del año por un colectivo de 40 personas, nos atrevemos a ofrecerte, este año también, nuestro programa de formación de misioneros seglares.

Hemos formado un colectivo, llamado CARSIL —Colectivo para el Análisis de la Realidad Social y de la Iglesia Latinoamericana— en el que pueden integrarse cuantas personas se interesan en esas realidades.

Este esquema consta de dos partes:

1.^a Análisis de la realidad del proceso de desarrollo de los países del llamado Tercer Mundo —aquí L.A.—

Nos servimos de los documentos siguientes:

- Documentos de Puebla.
- Para entender América Latina. Ed. IEPALA.
- Doce documentos que tratan sobre: Desarrollo. Dominación, Seguridad Nacional, Multinacionales, Indígenas y Minorías Etnicas, etc., de otros tantos autores latinoamericanos.

Cada uno de estos temas va precedido de un cuestionario que facilita la discusión en grupo de los temas. Estos documentos constituyen la primera carpeta.

2.^a Análisis de la Religión y de la Iglesia en América Latina.

En esta segunda parte tomamos cinco temas:

- Visión Histórica Global.
- Los Últimos Veinte Años.
- Una Nueva Manera de entender la Fe.
- Una Nueva Espiritualidad.
- La Religiosidad Popular.

Cada uno de estos capítulos contiene uno o más documentos con sus correspondientes cuestionarios.

El Colectivo ha programado dos Convivencias, una para cada Carpeta de trabajo.

Primera Convivencia para la Carpeta número uno los días de Semana Santa 16, 17, 18 y 19 de abril.

Segunda Convivencia a fijar por el Colectivo en su evaluación de la primera, posiblemente en agosto.

Las convivencias se harán probablemente en Madrid o alrededores por un precio módico.

Cada Carpeta cuesta 200 pesetas más gastos de envío.

Para más información, teléfono 474 81 31. Asociación Misionera Seglar. Ercilla, 48, 1.º C. Madrid - 5.